

# (Cuentos de la selva)

Horacio Quiroga



GOLU



**Grandes Obras de la Literatura Universal**

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación  
escolar de jóvenes lectores

## Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca.   
*Automáticos*, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare.   
*Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho*, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.

Tahola de imprecaciones resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

# Cuentos de la selva

Horacio Quiroga



Grandes Obras de la Literatura Universal

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

**Dirección editorial:** Profesor Diego Di Vincenzo.  
**Coordinación editorial:** Alejandro Palermo.  
**Jefatura de arte:** Silvina Gretel Espil.  
**Introducción, notas y actividades:** Alejandro Palermo.  
**Diseño de tapa:** Natalia Otranto.  
**Asistencia en diseño:** Jimena Ara Contreras.  
**Ilustraciones:** Perica Jacoboni.  
**Diseño de maqueta:** Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.  
**Diagramación:** estudio gryp.  
**Corrección:** Mariano Sanz.  
**Documentación:** Gimena Castellón Arrieta.  
**Coordinación de producción:** María Marta Rodríguez Denis.  
**Asistencia de producción:** Agostina Angeramo y Juan Pablo Lavagnino.

Quiroga, Horacio

Cuentos de la selva / Horacio Quiroga; ilustrado por Perica Jacoboni - 1ª ed. - Buenos Aires; Kapelusz; Alejandro Palermo, 2009.

128 p.; il.; 20 x 14 cm - GOLU (Grandes Obras de la Literatura Universal)

ISBN 978-950-13-2333-7

1. Narrativa uruguaya. 2. Cuentos. I. Jacoboni, Perica, ilus. II. Título  
CDD U863

Primera edición.

Tercera reimpresión: enero de 2015

© Editorial Norma S.A., 2009

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

CC: 29002288

ISBN: 978-950-13-2333-7

Ⓢ PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

# Índice

<b>Nuestra colección</b>	<b>7</b>
<b>Leer hoy y en la escuela</b> <i>Cuentos de la selva</i>	<b>9</b>
<b>Avistaje</b>	<b>11</b>
<b>Biografía</b>	<b>13</b>
<b>Palabra de expertos</b>	<b>15</b>
<i>“Historias con animales”</i>	
<b>Cuentos de la selva</b>	<b>19</b>
<i>La tortuga gigante</i>	<b>21</b>
<i>Las medias de los flamencos</i>	<b>29</b>
<i>El loro pelado</i>	<b>37</b>
<i>La guerra de los yacarés</i>	<b>47</b>
<i>La gama ciega</i>	<b>61</b>
<i>Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre</i>	<b>71</b>
<i>El paso del Yabebirí</i>	<b>81</b>
<i>La abeja haragana</i>	<b>97</b>
<b>Sobre terreno conocido</b>	
Comprobación de lectura	<b>107</b>
Actividades de comprensión y análisis	<b>113</b>
Actividades de producción	<b>121</b>
<b>Recomendaciones para leer y para ver</b>	<b>125</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>127</b>



## ( Nuestra colección )

Incantables ámbitos de nuestra actividad social se vinculan con la lectura. Una vez que aprendemos a leer, no podemos evitar percibir todo texto escrito con el que cruzamos la mirada. Así, leemos los carteles indicadores a partir de los que nos desplazamos en nuestros trayectos –cotidianos o no–, leemos publicidades que –con su pretensión de originalidad– intentan persuadirnos de que consumamos un producto, leemos los precios de las mercaderías exhibidas en góndolas y vidrieras, leemos la información de sus etiquetas... leemos lo que alguien dejó escrito en las paredes de los edificios.

La escuela es el ámbito privilegiado para la lectura; incluso, es la institución responsable de estimular en los alumnos el desarrollo de sus habilidades como lectores y como escritores. La escuela se encarga, también, de iniciar a los estudiantes en la lectura de los textos literarios. Y ese tipo de lectura tiene sus propias particularidades y exigencias. Por ejemplo, un lector entrenado es aquel capaz de comprender, analizar y valorar un texto. Por otra parte, tiene que aprender a ubicarlo en el tiempo y en el lugar en que se escribió. Cuantas más relaciones pueda establecer un lector entre esa obra y la situación en que se produjo y circuló, entre esa obra y otras, más rica será su lectura.

Además, los lectores de literatura disponen de la posibilidad de saber de otros tiempos, de otros mundos, de otros seres, y de atesorar en sí conocimientos inagotables, de los que siempre podrán disponer.

Quienes seleccionamos los textos y preparamos las actividades para la colección Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) lo hacemos con la voluntad de despertar el interés de los jóvenes lectores, de alentar sus ganas de seguir leyendo y de acompañarlos en el encuentro personal con los tesoros que las obras de todas las épocas tienen para ofrecernos. En esta tarea apasionante nos guía la certeza de que la literatura constituye un camino único y lleno de descubrimientos, que todos merecemos recorrer y disfrutar a lo largo de nuestras vidas.

## Leer hoy y en la escuela

### *Cuentos de la selva*

Desde el momento de su publicación, en 1918, los *Cuentos de la selva* han convocado sin cesar el entusiasmo y la admiración de sucesivas generaciones de lectores. El crítico Jorge Lafforgue caracterizó certeramente a esta obra como un “intento pionero en América Latina de literatura infantil; libro que se ha convertido con total justicia en un clásico del género”.<sup>1</sup> Y lo cierto es que pocos textos logran esa rara conjunción de sencillez y profundo conocimiento de las emociones y de la naturaleza que alcanza Horacio Quiroga en estas páginas.

Como suele suceder con los clásicos, estos cuentos permiten que volvamos a descubrirlos con una nueva perspectiva cada vez que los leemos. A través de la mirada de los animales que los protagonizan, Horacio Quiroga supo captar la profundidad de las vivencias más diversas —desde el afecto conmovedor de los cachorros de coatí a la cómica intrepidez del loro pelado, pasando por la vanidad de los flamencos—, con pinceladas sobrias y precisas.

Produce asombro pensar que estas historias se publicaron años antes de que la Ecología se consolidara como disciplina y nos

---

1 **Jorge Lafforgue.** “Introducción biográfica y crítica” a: Horacio Quiroga, *Los desterrados y otros textos*, Madrid, Castalia, 1990.

llamara la atención acerca del modo en que la naturaleza establece un sutil equilibrio entre los seres vivos y el ambiente que les da cobijo.<sup>2</sup> Cuando hoy leemos, por ejemplo, las alternativas de “La guerra de los yacarés”, no podemos menos que sorprendernos ante el modo en que se presenta en el relato la irrupción del ser humano, que con el ruido de los motores quiebra la armonía en que los habitantes del río habían vivido desde tiempos inmemoriales. Y también están en estos cuentos los animales que se ponen del lado del hombre: ese hombre que —como Horacio Quiroga mismo decidió hacerlo en varios momentos de su vida— elige el ámbito de la selva como lugar donde habitar: es el caso de la tortuga gigante o las temerarias rayas del paso del Yabebirí. Elaborados en la intensa experiencia de la selva, los ocho cuentos de este libro consiguen el extraño milagro de dejar enseñanzas profundas e inolvidables, más allá de las moralejas y los propósitos ejemplificadores.

Leer hoy en la escuela los *Cuentos de la selva* significa volver a descubrir la vitalidad de este clásico de la literatura para chicos, cuya capacidad de conmover, divertir e invitar a la reflexión parece crecer a medida que pasan los años. Ojalá que la oportunidad del encuentro con estos relatos sirva para estimular en los lectores el deseo de seguir explorando los mundos de la imaginación.

---

2 El término *Ecología* (formado a partir de las palabras griegas *oikos*, “casa, hogar”, y *logos*, “estudio, tratado”) fue creado en 1866 por el biólogo alemán Ernst Haeckel, quien definió el concepto como “la ciencia que se ocupa de estudiar la relación de los organismos con el ambiente”; sin embargo, hubo que esperar hasta mediados del siglo xx para que esta disciplina alcanzara la importancia que tiene en la actualidad.

# Avistaje

1 Elijan, en cada par de afirmaciones, aquella que consideren más adecuada para describir el ambiente de la selva misionera.

	Sobre el suelo, que es árido y pedregoso, crece una vegetación dispersa, formada principalmente por plantas que necesitan poca agua.
	El suelo, que es de color rojizo debido a la abundancia de hierro, proporciona sustento a una vegetación muy tupida y variada.
	El clima es muy seco, con temperaturas elevadas durante el día y fríos muy intensos durante la noche.
	A lo largo de todo el año, las lluvias son abundantes, hay mucha humedad y la temperatura es relativamente cálida.
	Es uno de los ambientes naturales del país que albergan una mayor diversidad de especies vegetales y animales.
	A causa de las condiciones climáticas adversas, la diversidad de seres vivos es menor que en el resto de los ambientes del país.

2 En la siguiente lista están reunidos los nombres de quince animales que aparecen en los *Cuentos de la selva*. Pero, ¡atención!, cada vocal ha sido reemplazada siempre por el mismo símbolo. Descubran los nombres y anótenlos en la carpeta.

S⊗R⊗B⊗ - FL⇨M⇨NC× - Y⇨G⊗⇨R⇨T⇨ - ×S× H×RM⊗G⊗R×

L×R× - L⇨CH⊗Z⇨ - T×RT⊗G⇨ - R⇨Y⇨ - Y⇨C⇨R⇨ - C×⇨T⊗

⇨B⇨J⇨ - V⊗B×R⇨ D⇨ C×R⇨L - G⇨M⇨ - C⊗L⇨BR⇨ - C⇨RP⊗NCH×

- 3 Formen equipos y distribúyanse los nombres de los animales que acaban de encontrar. Cada equipo tendrá que buscar imágenes e información sobre el animal que le tocó, para presentárselo al resto del curso.
- 4 Seguramente conocen muchas historias protagonizadas por animales, tanto en libros como en el cine. Hagan una lista de esas historias y, entre todos, comenten cómo aparecen representados los animales en ellas. Por ejemplo, el Lobo de Caperucita Roja es muy malo; el Gato con Botas es ingenioso; en las fábulas, la Zorra suele ser astuta y la Hormiga, trabajadora.



*Ilustración de la Zorra y el Cuervo, realizada por Félix Lorioux para una edición de las Fábulas de La Fontaine.*



*Ilustración de Caperucita Roja y el Lobo, realizada por Gustave Doré para una edición de los Cuentos de Charles Perrault.*

- 5 Conversen entre todos acerca de los animales que tienen en sus casas como mascotas. Cuenten cómo los cuidan, qué cosas les gustan y cuáles les disgustan. Si recuerdan alguna anécdota divertida en la que intervenga una mascota, relátensela a sus compañeros.
- 6 Entre todos, confeccionen una lista de animales que viven en cada uno de estos ambientes:  
*el desierto; el mar; la pradera; la laguna; la selva.*

## Biografía



**H**oracio Quiroga nació en la localidad de Salto, República Oriental del Uruguay, el 31 de diciembre de 1878. Su madre pertenecía a una distinguida familia uruguaya y su padre, que era vicedcónsul argentino, falleció en un accidente cuando Horacio tenía apenas dos meses.

Desde muy joven sintió interés por la literatura, los trabajos manuales, la vida al aire libre, el ciclismo y la fotografía. Al completar los estudios secundarios, en Montevideo, integró junto con tres amigos el grupo de los “mosqueteros”, que se reunían en una casona deshabitada para leer los poemas que escribían. En 1900 viajó a París con el sueño de ser reconocido como artista, pero pronto se le terminó el dinero y se vio obligado a regresar.

En 1901 publica un libro de poemas, *Los arrecifes de coral*, dedicado al escritor argentino Leopoldo Lugones, a quien admiraba. Fue precisamente Lugones quien lo invitó a acompañarlo, en 1903, a un viaje a Misiones con la finalidad de reunir materiales para una investigación sobre las ruinas de las misiones jesuíticas; Quiroga formaba parte de la expedición en calidad de fotógrafo experto. El contacto con la selva misionera lo marcó profundamente: desde el instante en que lo conoció, siempre deseó regresar a ese espacio de naturaleza exuberante, a pesar de las difíciles condiciones de la vida en el lugar.

Desde 1904 inicia una ininterrumpida labor como cuentista, que le valdrá el reconocimiento de sus contemporáneos, quienes lo consideran un discípulo destacado del estadounidense Edgar Allan Poe, el padre del cuento moderno. Los relatos de Quiroga, que aparecían en importantes revistas de la época, llegaron a ser apreciados por miles de lectores.

En 1908 se marchó con su primera esposa a la casa que había construido en medio de la selva misionera. Allí fue donde nacieron su hija Esmé, en 1911, y su hijo Darío, en 1912. Quiroga no vaciló en criarlos para que pudieran manejarse de manera independiente en ese ámbito salvaje. A su esposa, sin embargo, le costaba mucho adaptarse a las duras condiciones y, después de una crisis, se quitó la vida en 1915. Luego de este triste episodio, Quiroga se trasladó con sus hijos a Buenos Aires, donde continuó publicando cuentos, a medida que crecía su prestigio como escritor. Sus relatos aparecieron reunidos en una serie de libros, entre los que se destacan *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *El salvaje* (1919), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924) y *Los desterrados* (1926).

En los años siguientes, el escritor pasó varias temporadas viviendo en Misiones, lugar que alternaba con Buenos Aires. En 1927 volvió a casarse y al año siguiente, en la selva, nació su tercera hija, María Elena.

En 1937 se agudizaron problemas de salud que lo obligaron a internarse en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires, donde se quitaría la vida el 19 de febrero.

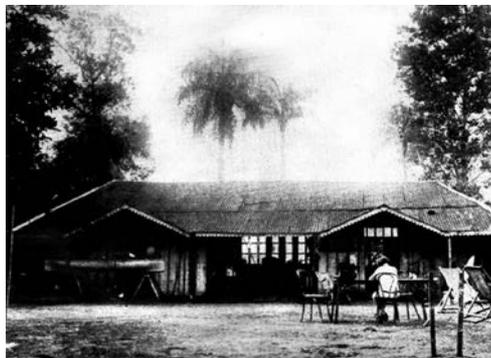
## ( Palabra de expertos )

### HISTORIAS CON ANIMALES

Desde su primer encuentro con la selva misionera a los 24 años, cuando acompaña a Leopoldo Lugones en una expedición de estudio a las ruinas jesuíticas de San Ignacio, en la provincia de Misiones, Horacio Quiroga queda fascinado por ese paisaje, al que regresará una y otra vez durante el resto de su vida. Muchas de sus mejores narraciones se desarrollan en ese escenario salvaje, que exige que las personas renuncien a las comodidades y las certezas de la vida urbana, para enfrentar los rigores y las maravillas de la naturaleza en toda su magnitud.

En septiembre de 1906, y aprovechando las facilidades que el gobierno nacional otorga para la adquisición de terrenos en Misiones, Quiroga compra varias hectáreas en los alrededores de San Ignacio. En ese lugar, ubicado cerca del Paraná, levanta una vivienda donde, en 1910, se instala con Ana María, su reciente esposa. Allí se crían su hija Esmé y su hijo Darío, en contacto con la vida del monte. Enrique Espinoza, que visita a la familia en esa época, transmite el siguiente recuerdo: “Los dos hijos lo siguen en sus gustos. La nena, en el cuidado de los animalitos. El coatí (Tutankamón), el venado (Dick), el búho (Pitágoras) y el yacaré (Cleopatra) son sus amigos. El chico prefiere la moto, la canoa y la escopeta”.<sup>1</sup>

1 Citado en Jorge Lafforgue, “Introducción biográfica y crítica” a: Horacio Quiroga, *Los desterrados y otros textos*, Madrid, Castalia, 1990.



*La casa que construyó Horacio Quiroga en la selva misionera.*

En 1917, luego de la muerte de Ana María, Quiroga se traslada con Esmé y Darío a un sótano del barrio de Palermo, en la ciudad de Buenos Aires. Como los pequeños extrañan la vida llena de aventura y deslumbramiento de la selva, el padre crea para ambos una serie de cuentos protagonizados por esos animales que ellos habían aprendido a amar entrañablemente. Transcurren así, para ese auditorio íntimo que escucha con emoción y entusiasmo, la historia llena de abnegación y cariño de la tortuga gigante; la leyenda que explica el curioso color de las patas de los flamencos; las peripecias del loro que pierde las plumas por hacerse el confianzudo con el temible yaguararé de voz muy grave; la intrépida batalla que deben dar los yacarés cuando los hombres intentan quebrantar la paz del lugar donde viven; el susto y la conmovedora recuperación de la gamita ciega; el relato de la domesticación del cachorro de coatí; la heroica actitud de las rayas del río Yabebirí, dispuestas a defender hasta las últimas consecuencias al hombre que alguna vez las cuidó; y la aleccionadora aventura de la abejita que se negaba a trabajar.

16 Publicados por primera vez en 1918, estos *Cuentos de la selva* trascendieron el ámbito doméstico que los vio nacer, para

*Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la por*

convertirse en uno de los libros para chicos más queridos de la literatura rioplatense. Porque saben transmitir ese conocimiento profundo de la vida salvaje que solamente logran quienes han vivido en el corazón de la selva; porque nos dejan esas enseñanzas que resultan más duraderas, aquellas que se aprenden con el corazón; porque captan de manera única los sentimientos y las conductas de los animales; porque saben iluminar con un destello de risa o de esperanza los temores que a veces nos acechan...

Desde las fábulas que contaban los pueblos antiguos hasta las actuales películas de animación en 3D, los animales han sido protagonistas predilectos de las historias que nos gusta contar y que nos cuentan. A veces, ellos adoptan personalidades definidas para participar en historias que dejan algún tipo de enseñanza a través de una breve moraleja. Otras veces, como sucede con el pequeño pez payaso de *Buscando a Nemo*, ellos enfrentan miedos que nos resultan conocidos y nos permiten encontrar, a través de sus peripecias, la manera de superarlos. En ocasiones, nos hacen reír con sus ocurrencias, como sucede con el astuto Gato con Botas que Charles Perrault rescató de los relatos populares y hoy continúa viviendo nuevas aventuras en algunos episodios de la saga del ogro Shrek.

Y esto es así porque, sin duda, los animales han sido y son muy importantes para los seres humanos. A lo largo de los siglos, hemos aprendido a obtener de ellos comida, abrigo y ayuda en las tareas pesadas. A algunos de ellos los tememos, pues pueden ser una gran amenaza para nuestras vidas si llegan a atacarnos. Otros, como los perros y los gatos, fueron domesticados hace muchísimos siglos y se convirtieron en compañeros inseparables de las personas.

La observación de los animales también es motivo de maravilla y de reflexión: admiramos la agilidad de la carrera del guepardo, la majestad del vuelo del cóndor, o la paciente dedicación que ponen muchas especies de aves y mamíferos en el cuidado y la educación de las crías. No es extraño, entonces, que las primeras pinturas que se hicieron en el interior de las cavernas representaran animales, y tampoco nos llama la atención que fueran los animales los protagonistas frecuentes de las historias que se contaban junto al fuego, en los momentos compartidos después de los trajines del día.



*Esta pintura rupestre con animales fue realizada hace unos 10.000 años, en la cueva de Cogull, España.*

Los *Cuentos de la selva* de Quiroga se leen con el gusto con que se escuchan esas historias al lado del fogón. Desde el “había una vez...” con que se inician casi todos ellos, estos cuentos evocan la sencillez y la maestría de los grandes relatos tradicionales. Esa es seguramente una de las razones por las que siguen tan vivos en la preferencia de los lectores, como en el momento en que fueron publicados por primera vez.





## LA TORTUGA GIGANTE

**H**abía una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte,<sup>1</sup> a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutos. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada<sup>2</sup> con hojas de

---

1 **Monte:** terreno sin cultivar, cubierto de vegetación.

2 **Ramada:** guarida cubierta con ramas.

predicac  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba<sup>3</sup> con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado vivas muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate,<sup>4</sup> porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosén.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre<sup>5</sup> enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora —se dijo el hombre—, voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su

---

3 **Bramar:** hablando del viento o el mar agitado, producir un ruido estrepitoso.

4 **Mate:** calabaza seca y vaciada, que se usa para diversos fines.

5 **Tigre:** en la selva misionera se llama así al yaguareté.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda lá  
mpañando

camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre, y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió entonces que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quien me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar enseguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

pridica  
atras p  
parece  
incrédu  
drenta  
Tahola d

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas,<sup>6</sup> acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua<sup>7</sup> de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de

---

6 **Piola:** piolín, cuerda.

7 **Legua:** medida que indica la distancia que habitualmente se recorre a pie en una hora.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando



ocho o diez horas de caminar, se detenía, deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado, en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: “¡Agua!, ¡agua!”, a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces se quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y únicamente en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo, en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para

Car...  
nos, los  
a me  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando

morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez— encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No —le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y adónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires —respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía—. Pero vamos a morir aquí, porque nunca llegaré...

—¡Ah, zonza, zonza! —dijo riendo el ratoncito—. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa, porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó enseguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo esta había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no

predicac  
atras p  
parece  
incrédu  
drenta  
Tahola d

podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el Jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.



## LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose,<sup>1</sup> como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgando, como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una polle-rita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

---

1 **Menearse:** agitar el cuerpo.

pridica  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinatas.<sup>2</sup> Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Solo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, solo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tan-tan! —pegaron con las patas.

—¿Quién es? —respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —contestó el hombre—. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

---

2 **Serpentina:** tira de papel arrollada que las personas se arrojan en las fiestas, sujetándola por un extremo.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando

—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos —respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron entonces a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse enseguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú,<sup>3</sup> que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal.<sup>4</sup> Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

---

3 **Tatú:** armadillo, animal parecido al quirquincho.

4 **Encomienda postal:** paquete que se envía por correo.

próximo  
atras p  
parece  
incredu  
dienta  
Tahola d

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirle las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo enseguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víbora de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias —les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Car...  
nos, los  
a me  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando



Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también, tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que percibieron esto, pidieron enseguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. Enseguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la orilla del Paraná.

—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víbora de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola ala. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaban las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que se murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando

que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven enseguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d



## EL LORO PELADO

**H**abía una vez una banda de loros que vivía en el monte. De mañana temprano iban a comer choclos a la chacra,<sup>1</sup> y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien.

Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren los choclos para picotearlos, los cuales, después, se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer guisados, los peones los cazaban a tiros.

Un día un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa, para los hijos del patrón, y los chicos lo curaron porque no tenía más que un ala rota. El loro se curó muy bien, y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto, y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que tomaban el té en la casa, el loro entraba también en el comedor, y se subía con el pico y las patas por el mantel, a comer pan mojado en leche. Tenía locura por el té con leche.

---

1 **Chacra:** granja.

predecir  
atras  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: “¡Buen día, lorito!...” “¡Rica la papa!...” “¡Papa para Pedrito!...” Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden con gran facilidad malas palabras.

Cuando llovía, Pedrito se encrespaba<sup>2</sup> y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía, volaba entonces gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también, como las personas ricas, su *five o'clock tea*.<sup>3</sup>

Ahora bien: en medio de esta felicidad, sucedió que una tarde de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal,<sup>4</sup> y Pedrito se puso a volar gritando:

—¡Qué lindo día, lorito!... ¡Rica papa!... ¡La pata, Pedrito!... —y volaba lejos, hasta que vio debajo de él, muy abajo, el río Paraná, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.

Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

—¿Qué será? —se dijo el loro—. ¡Rica papa!... ¿Qué será eso?... ¡Buen día, Pedrito!...

El loro hablaba siempre así, como todos los loros, mezclando las palabras sin ton ni son, y a veces costaba entenderlo. Y

---

2 **Encrespase:** ponerse muy enojado.

3 **Five o'clock tea:** en inglés, “el té de las cinco”.

4 **Temporal:** tormenta con mucho viento y lluvias continuas.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando

como era muy curioso, fue bajando de rama en rama, hasta acercarse. Entonces vio que aquellas dos luces verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente.

Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día, que no tuvo ningún miedo.

—¡Buen día, tigre! —le dijo—. ¡La pata, Pedrito!

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene, le respondió:

—¡Bu-en día!

—¡Buen día, tigre! —repitió el loro—. ¡Rica papa!... ¡rica papa!... ¡rica papa!...

Y decía tantas veces “¡rica papa!” porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por esto lo convidó al tigre.

—¡Rico té con leche! —le dijo—. ¡Buen día, Pedrito!... ¡Quieres tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él, y además, como tenía a su vez hambre, se quiso comer al pájaro hablador. Así que le contestó:

—¡Bue-no! ¡Acerca-te un po-co que soy sor-do!

El tigre no era sordo; lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

—¡Rica papa, en casa! —repitió, gritando cuanto podía.

—¡Más cer-ca! ¡No oi-go! —respondió el tigre con su voz ronca.

pedrito  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

El loro se acercó un poco más y dijo:

—¡Rico té con leche!

—*¡Más cer-ca to-da-vía!* —repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aun más, y en ese momento el tigre dio un terrible salto, tan alto como una casa, y alcanzó con la punta de las uñas a Pedrito. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las plumas del lomo y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

—*¡Tomá!* —rugió el tigre—. *Andá a tomar té con leche...*

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fue volando, pero no podía volar bien, porque le faltaba la cola que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban se alejaban asustados de aquel bicho raro.

Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo de la cocinera. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo que puede darse, todo pelado, todo rabón<sup>5</sup> y temblando de frío. ¿Cómo iba a presentarse en el comedor, con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto y que era como una cueva, y se escondió en el fondo, tiritando de frío y de vergüenza.

Pero entretanto, en el comedor todos extrañaban su ausencia:

—¿Dónde estará Pedrito? —decían. Y llamaban—: ¡Pedrito!

¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada,

---

5 **Rabón:** animal que tiene la cola más corta que los de su especie, o al que directamente le falta la cola.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coá  
Toda lá  
mpañando

mudo y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto, y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro, y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer y subía enseguida. De madrugada descendía de nuevo, muy ligero, e iba a mirarse en el espejo de la cocinera, siempre muy triste porque las plumas tardaban mucho en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia sentada a la mesa a la hora del té vio entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir, morir de gusto cuando lo vieron bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito! —le decían—. ¡Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes que tiene el lorito!

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche. Pero lo que es hablar, ni una sola palabra.

Por eso, el dueño de casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fue volando a pararse en su hombro, charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que había pasado: un paseo al Paraguay, su encuentro con el tigre, y lo demás; y concluía cada cuento cantando:

problemas  
atras  
parece  
incredul  
drenta  
Tahola d

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡Ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió junto con Pedrito el viaje al Paraguay. Convinieron<sup>6</sup> en que cuando Pedrito viera al tigre, lo distraería charlando, para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Y por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vio de repente debajo del árbol dos luces verdes fijas en él: eran los ojos del tigre.

Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!... ¡Rica papa!... ¡Rico té con leche!... ¿Querés té con leche?...

El tigre, enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía, y de sus ojos brotaron dos rayos de ira<sup>7</sup> cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acer-ca-te más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a otra rama más próxima, siempre charlando:

—¡Rico pan con leche!... ¡ESTÁ AL PIE DE ESTE ÁRBOL!...

---

6 **Convenir:** ponerse de acuerdo.

7 **Ira:** furia, enojo violento.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando



Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Con quién estás hablando? —bramó—. ¿A quién le has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie! —gritó el loro—. ¡Buen día, Pedrito!... ¡La pata, lorito!...

Y seguía charlando y saltando de rama en rama, y acercándose. Pero él había dicho: *está al pie de este árbol* para avisarle al hombre, que se iba arrimando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Y llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más, porque si no, caía en la boca del tigre, y entonces gritó:

—¡Rica papa!... ¡ATENCIÓN!

—¡Más cer-ca aún! —rugió el tigre, agachándose para saltar.

—¡Rico, té con leche!... ¡CUIDADO QUE VA A SALTAR!

Y el tigre saltó, en efecto. Dio un enorme salto, que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha en el aire. Pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines del tamaño de un garbanzo cada uno entraron como un rayo en el corazón del tigre, que lanzando un bramido que hizo temblar el monte entero, cayó muerto.

Pero el loro, ¡qué gritos de alegría daba! Estaba loco de contento, porque se había vengado —¡y bien vengado!— del feísimo animal que le había sacado las plumas.

El hombre estaba también muy contento, porque matar a un tigre es cosa difícil, y, además, tenía la piel para la estufa del comedor.

Car...  
nos, los  
a am...  
Tanta bá...  
de Co...  
Toda lá...  
mpañando

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol, y todos lo felicitaron por la hazaña que había hecho.

Vivieron en adelante muy contentos. Pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando entraba en el comedor para tomar el té, se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida delante de la estufa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—¡Rica papa!... —le decía—. ¿Quieres té con leche?... ¡La papa para el tigre!

Y todos se morían de risa. Y Pedrito también.





## LA GUERRA DE LOS YACARÉS

**E**n un río muy grande, en un país desierto donde nunca había estado el hombre, vivían muchos yacarés. Eran más de cien o más de mil. Comían pescados, bichos que iban a tomar agua al río, pero sobre todo pescados. Dormían la siesta en la arena de la orilla, y a veces jugaban sobre el agua cuando había noches de luna.

Todos vivían muy tranquilos y contentos. Pero una tarde, mientras dormían la siesta, un yacaré se despertó de golpe y levantó la cabeza porque creía haber sentido ruido. Prestó oídos<sup>1</sup> y lejos, muy lejos, oyó efectivamente un ruido sordo y profundo. Entonces llamó al yacaré que dormía a su lado.

—¡Despiértate! —le dijo—. Hay peligro.

—¿Qué cosa? —respondió el otro, alarmado.

—No sé —contestó el yacaré que se había despertado primero—. Siento un ruido desconocido.

El segundo yacaré oyó el ruido a su vez, y en un momento despertaron a los otros. Todos se asustaron y corrían de un lado para otro con la cola levantada.

Y no era para menos su inquietud, porque el ruido crecía, crecía. Pronto vieron como una nubecita de humo a lo lejos, y oyeron un ruido de *chas-chas* en el río, como si golpearan el agua muy lejos.

---

1 **Prestar oídos:** escuchar atentamente.

predicac  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Los yacarés se miraban unos a otros: ¿qué podía ser aquello?

Pero un yacaré viejo y sabio, el más sabio y viejo de todos, un viejo yacaré a quien no quedaban sino dos dientes sanos en los costados de la boca, y que había hecho una vez un viaje hasta el mar, dijo de repente:

—¡Yo sé lo que es! ¡Es una ballena! ¡Son grandes y echan agua blanca por la nariz! El agua cae para atrás.

Al oír esto, los yacarés chiquitos comenzaron a gritar como locos de miedo, zambullendo la cabeza. Gritaban:

—¡Es una ballena! ¡Ahí viene la ballena!

Pero el viejo yacaré sacudió de la cola al yacarecito que tenía más cerca.

—¡No tengan miedo! —les gritó—. ¡Yo sé lo que es la ballena! ¡Ella tiene miedo de nosotros! ¡Siempre tiene miedo!

Con lo cual los yacarés chicos se tranquilizaron. Pero enseguida volvieron a asustarse, porque el humo gris se cambió de repente en humo negro, y todos sintieron bien fuerte ahora el *chas-chas-chas* en el agua. Los yacarés, espantados, se hundieron en el río, dejando solamente fuera los ojos y la punta de la nariz. Y así vieron pasar delante de ellos aquella cosa inmensa, llena de humo y golpeando el agua, que era un vapor de ruedas<sup>2</sup> que navegaba por primera vez en aquel río.

El vapor pasó, se alejó y desapareció. Los yacarés entonces fueron saliendo del agua, muy enojados con el viejo yacaré, porque los había engañado, diciéndoles que eso era una ballena.

---

2 **Vapor de ruedas:** buque de vapor que se impulsaba mediante grandes ruedas con paletas.

Car reg-  
nos, los  
a ame  
Tanta bá-  
de Cuba  
Toda lá  
mpañando

—¡Eso no es una ballena! —le gritaron en las orejas, porque era un poco sordo—. ¿Qué es eso que pasó?

El viejo yacaré les explicó entonces que era un vapor, lleno de fuego, y que los yacarés se iban a morir todos si el buque seguía pasando.

Pero los yacarés se echaron a reír, porque creyeron que el viejo se había vuelto loco. ¿Por qué se iban a morir ellos si el vapor seguía pasando? ¡Estaba bien loco, el pobre yacaré viejo!

Y como tenían hambre se pusieron a buscar pescados.

Pero no había ni un pescado. No encontraron un solo pescado. Todos se habían ido, asustados por el ruido del vapor. No había más pescados.

—¿No les decía yo? —replicó entonces el viejo yacaré—. Ya no tenemos nada que comer. Todos los pescados se han ido. Esperemos hasta mañana. Puede ser que el vapor no vuelva más, y los pescados regresarán cuando no tengan más miedo.

Pero al día siguiente sintieron nuevamente el ruido en el agua, y vieron pasar de nuevo al vapor, haciendo mucho ruido y largando tanto humo que oscurecía el cielo.

—Bueno —dijeron entonces los yacarés—; el buque pasó ayer, pasó hoy, y pasará mañana. Ya no habrá más pescados ni bichos que vengan a tomar agua, y nos moriremos de hambre. Hagamos entonces un dique.<sup>3</sup>

—¡Sí, un dique! ¡Un dique! —gritaron todos, nadando a toda fuerza hacia la orilla—. ¡Hagamos un dique!

---

3 **Dique:** muro que se construye para contener las aguas.

predicac  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Enseguida se pusieron a hacer el dique. Fueron todos al bosque y echaron abajo más de diez mil árboles, sobre todo lapachos y quebrachos, porque tienen la madera muy dura... Los cortaron con la especie de serrucho que los yacarés tienen encima de la cola; los empujaron hasta el agua, y los clavaron a todo lo ancho del río, a un metro uno del otro. Ningún buque podía pasar por allí, ni grande ni chico. Estaban seguros de que nadie vendría a espantar los pescados. Y como estaban muy cansados, se acostaron a dormir en la playa.

Al otro día dormían todavía cuando oyeron el *chas-chas-chas* del vapor. Todos oyeron, pero ninguno se levantó ni abrió los ojos siquiera. ¿Qué les importaba el buque? Podía hacer todo el ruido que quisiera, por allí no iba a pasar.

En efecto: el vapor estaba muy lejos todavía cuando se detuvo. Los hombres que iban adentro miraron con anteojos<sup>4</sup> aquella cosa atravesada en el río y mandaron un bote a ver qué era aquello que les impedía pasar. Entonces los yacarés se levantaron y fueron al dique, y miraron por entre los palos, riéndose del chasco<sup>5</sup> que se había llevado el vapor.

El bote se acercó, vio el formidable dique que habían levantado los yacarés y se volvió al vapor. Pero después regresó otra vez al dique, y los hombres del bote gritaron:

—¡Eh, yacarés!

—¡Qué hay! —respondieron los yacarés, sacando la cabeza por entre los troncos del dique.

---

4 **Anteojos:** prismáticos, largavista.

5 **Chasco:** decepción que causa un hecho contrario a lo que se esperaba.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda lá  
mpañando



—¡Nos está estorbando eso! —continuaron los hombres.

—¡Ya lo sabemos!

—¡No podemos pasar!

—¡Es lo que queremos!

—¡Saquen el dique!

—¡No lo sacamos!

Los hombres del bote hablaron un rato en voz baja entre ellos y gritaron después:

—¡Yacarés!

—¿Qué hay? —contestaron ellos.

—¿No lo sacan?

—¡No!

—¡Hasta mañana, entonces!

—¡Hasta cuando quieran!

Y el bote volvió al vapor, mientras los yacarés, locos de contentos, daban tremendos coletazos en el agua. Ningún vapor iba a pasar por allí y siempre, siempre, habría pescados.

Pero al día siguiente volvió el vapor, y cuando los yacarés miraron el buque, quedaron mudos de asombro: ya no era el mismo buque. Era otro, un buque de color ratón, mucho más grande que el otro. ¿Qué nuevo vapor era ese? ¿Ese también quería pasar? No iba a pasar, no. ¡Ni ese, ni otro, ni ningún otro!

—¡No, no va a pasar! —gritaron los yacarés, lanzándose al dique, cada cual a su puesto entre los troncos.

El nuevo buque, como el otro, se detuvo lejos, y también como el otro bajó un bote que se acercó al dique.

Dentro venían un oficial y ocho marineros. El oficial gritó:

—¡Eh, yacarés!

Car...  
nos, los  
a am...  
Tanta bá...  
de Cuba  
Toda la  
mañando

—¡Qué hay! —respondieron estos.

—¿No sacan el dique?

—No.

—¿No?

—¡No!

—Está bien —dijo el oficial—. Entonces lo vamos a echar a pique<sup>6</sup> a cañonazos.

—¡Echen! —contestaron los yacarés.

Y el bote regresó al buque.

Ahora bien, ese buque de color ratón era un buque de guerra, un acorazado,<sup>7</sup> con terribles cañones. El viejo yacaré sabio, que había ido una vez hasta el mar, se acordó de repente y apenas tuvo tiempo de gritar a los otros yacarés:

—¡Escóndanse bajo el agua! ¡Ligero! ¡Es un buque de guerra! ¡Cuidado! Escóndanse!

Los yacarés desaparecieron en un instante bajo el agua y nadaron hacia la orilla, donde quedaron hundidos, con la nariz y los ojos únicamente fuera del agua. En ese mismo momento, del buque salió una gran nube blanca de humo, sonó un terrible estampido,<sup>8</sup> y una enorme bala de cañón cayó en pleno dique, justo en el medio. Dos o tres troncos volaron hechos pedazos, y enseguida cayó otra bala, y otra y otra más, y cada una hacía saltar por el aire en astillas un pedazo de dique, hasta que no quedó nada del dique. Ni un tronco, ni una astilla, ni una cáscara. Todo

---

6 **Echar a pique:** hacer que algo se hunda violentamente en el agua.

7 **Acorazado:** buque blindado de grandes dimensiones.

8 **Estampido:** ruido fuerte y seco, como el producido por el disparo de un cañón.

primicia  
atras p  
parece  
incrédu  
drenta  
Tahola d

había sido deshecho a cañonazos por el acorazado. Y los yacarés, hundidos en el agua, con los ojos y la nariz solamente afuera, vieron pasar el buque de guerra, silbando a toda fuerza.

Entonces los yacarés salieron del agua y dijeron:

—Hagamos otro dique mucho más grande.

Y en esa misma tarde y esa noche hicieron otro dique, con troncos inmensos. Después se acostaron a dormir, cansadísimos, y estaban durmiendo todavía al día siguiente cuando el buque de guerra llegó otra vez, y el bote se acercó al dique.

—¡Eh, yacarés! —gritó el oficial.

—¡Qué hay! —respondieron los yacarés.

—¡Saquen ese otro dique!

—¡No lo sacamos!

—¡Lo vamos a deshacer a cañonazos como al otro!

—¡Deshagan... si pueden!

Y hablaban así con orgullo porque estaban seguros de que su nuevo dique no podría ser deshecho ni por todos los cañones del mundo.

Pero un rato después el buque volvió a llenarse de humo, y con un horrible estampido la bala reventó en el medio del dique, porque esta vez habían tirado con granada.<sup>9</sup> La granada reventó contra los troncos, hizo saltar, despedazó, redujo a astillas las enormes vigas. La segunda reventó al lado de la primera y otro pedazo de dique voló por el aire. Y así fueron deshaciendo el dique. Y no quedó nada del dique; nada, nada.

---

9 **Granada:** proyectil hueco de metal, que contiene un explosivo y se dispara con un cañón.

Car reg-  
nos, los  
a ame  
Tanta bá-  
de Cuba  
Toda lá  
mpañando

El buque de guerra pasó entonces delante de los yacarés, y los hombres les hacían burlas tapándose la boca.

—Bueno —dijeron entonces los yacarés, saliendo del agua—. Vamos a morir todos, porque el buque va a pasar siempre y los pescados no volverán.

Y estaban tristes, porque los yacarés chiquitos se quejaban de hambre.

El viejo yacaré dijo entonces:

—Todavía tenemos una esperanza de salvarnos. Vamos a ver al Surubí. Yo hice el viaje con él cuando fui hasta el mar, y tiene un torpedo.<sup>10</sup> Él vio un combate entre dos buques de guerra, y trajo hasta aquí un torpedo que no reventó. Vamos a pedírselo, y aunque está muy enojado con nosotros los yacarés, tiene buen corazón y no querrá que muramos todos.

El hecho es que antes, muchos años antes, los yacarés se habían comido a un sobrinito del Surubí, y este no había querido tener más relaciones con los yacarés. Pero a pesar de todo fueron corriendo a ver al Surubí, que vivía en una gruta grandísima en la orilla del río Paraná, y que dormía siempre al lado de su torpedo. Hay surubíes que tienen hasta dos metros de largo, y el dueño del torpedo era uno de esos.

—¡Eh, Surubí! —gritaron todos los yacarés desde la entrada de la gruta, sin atreverse a entrar por aquel asunto del sobrinito.

—¿Quién me llama? —contestó el Surubí.

—¡Somos nosotros, los yacarés!

---

10 **Torpedo:** proyectil con carga explosiva que se lanza por debajo del agua.

predicac  
atras p  
parece  
incertid  
dienta  
Tabla d

—¡No tengo ni quiero tener relación con ustedes! —respondió el Surubí, de mal humor.

Entonces el viejo yacaré se adelantó un poco en la gruta y dijo:

—¡Soy yo, Surubí! ¡Soy tu amigo, el yacaré que hizo contigo el viaje hasta el mar!

Al oír esa voz conocida, el Surubí salió de la gruta.

—¡Ah, no te había conocido! —le dijo cariñosamente a su viejo amigo—. ¿Qué quieres?

—Venimos a pedirte el torpedo. Hay un buque que pasa por nuestro río y espanta a los pescados. Es un buque de guerra, un acorazado. Hicimos un dique, y lo echó a pique. Hicimos otro y lo echó también a pique. Los pescados se han ido, y nos moriremos de hambre. Danos el torpedo, y lo echaremos a pique a él.

El Surubí, al oír esto, pensó un largo rato, y después dijo:

—Está bien; les prestaré el torpedo, aunque me acuerdo siempre de lo que hicieron con el hijo de mi hermano. ¿Quién sabe hacer reventar el torpedo?

Ninguno sabía, y todos callaron.

—Está bien —dijo el Surubí, con orgullo—, yo lo haré reventar. Yo sé hacer eso.

Organizaron entonces el viaje. Los yacarés se ataron todos unos con otros; de la cola de uno al cuello del otro; de la cola de este al cuello de aquel, formando así una larga cadena de yacarés que tenía más de una cuadra. El inmenso Surubí empujó el torpedo hacia la corriente y se colocó bajo él, sosteniéndolo sobre el lomo para que flotara. Y como las lianas con que estaban atados los yacarés uno detrás de otro se habían concluido, el Surubí se prendió con los

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando

dientes de la cola del último yacaré, y así emprendieron la marcha. El Surubí sostenía el torpedo, y los yacarés tiraban corriendo por la costa. Subían, bajaban, saltaban por sobre las piedras, corriendo siempre y arrastrando al torpedo, que levantaba olas como un buque por la velocidad de la corrida. A la mañana siguiente, bien temprano, llegaban al lugar donde habían construido su último dique, y comenzaron enseguida otro, pero mucho más fuerte que los anteriores, porque por consejo del Surubí colocaron los troncos bien juntos, uno al lado del otro. Era un dique realmente formidable.

Hacía apenas una hora que acababan de colocar el último tronco del dique, cuando el buque de guerra apareció otra vez, y el bote con el oficial y ocho marineros se acercó de nuevo al dique. Los yacarés se treparon entonces por los troncos y asomaron la cabeza del otro lado.

—¡Eh, yacarés! —gritó el oficial.

—¡Qué hay! —respondieron los yacarés.

—¿Otra vez el dique?

—¡Sí, otra vez!

—¡Saquen ese dique!

—¡Nunca!

—¿No lo sacan?

—¡No!

—Bueno; entonces, oigan —dijo el oficial—: vamos a deshacer este dique, y para que no quieran hacer otro los vamos a deshacer después a ustedes, a cañonazos. No va a quedar ni uno solo vivo: ni grandes, ni chicos, ni gordos, ni flacos, ni jóvenes, ni viejos como ese viejísimo yacaré que veo allí, y que no tiene sino dos dientes en los costados de la boca.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

El viejo y sabio yacaré, al ver que el oficial hablaba de él y se burlaba, le dijo:

—Es cierto que no me quedan sino pocos dientes, y algunos rotos. ¿Pero usted sabe qué van a comer mañana estos dientes? —añadió, abriendo su inmensa boca.

—¿Qué van a comer, a ver? —respondieron los marineros.

—A ese oficialito —dijo el yacaré y se bajó rápidamente de su tronco.

Entretanto, el Surubí había colocado su torpedo bien en medio del dique, ordenando a cuatro yacarés que lo agarraran con cuidado y lo hundieran en el agua hasta que él les avisara. Así lo hicieron. Enseguida, los demás yacarés se hundieron a su vez cerca de la orilla, dejando únicamente la nariz y los ojos fuera del agua. El Surubí se hundió al lado de su torpedo.

De repente el buque de guerra se llenó de humo y lanzó el primer cañonazo contra el dique. La granada reventó justo en el centro del dique, e hizo volar en mil pedazos diez o doce troncos.

Pero el Surubí estaba alerta y, apenas quedó abierto el agujero en el dique, gritó a los yacarés que estaban bajo el agua sujetando el torpedo:

—¡Suelten el torpedo, ligero, suelten!

Los yacarés soltaron, y el torpedo vino a flor de agua.<sup>11</sup>

En menos del tiempo que se necesita para contarlo, el Surubí colocó el torpedo bien en el centro del boquete abierto, apuntando con un solo ojo, y poniendo en movimiento el mecanismo del torpedo, lo lanzó contra el buque.

---

11 **A flor de agua:** en la superficie.

Car...  
nos, los  
a amé  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda lá  
mpañando

¡Ya era tiempo! En ese instante el acorazado lanzaba su segundo cañonazo y la granada iba a reventar entre los palos, haciendo saltar en astillas otro pedazo del dique.

Pero el torpedo llegaba ya al buque, y los hombres que estaban en él lo vieron: es decir, vieron el remolino que hace en el agua un torpedo. Dieron todos un gran grito de miedo y quisieron mover el acorazado para que el torpedo no lo tocara.

Pero era tarde; el torpedo llegó, chocó con el inmenso buque bien en el centro, y reventó.

No es posible darse cuenta del terrible ruido con que reventó el torpedo. Reventó, y partió el buque en quince mil pedazos; lanzó por el aire, a cuerdas y cuerdas de distancia, chimeneas, máquinas, cañones, lanchas, todo.

Los yacarés dieron un grito de triunfo y corrieron como locos al dique. Desde allí vieron pasar por el agujero abierto por la granada a los hombres muertos, heridos y algunos vivos que la corriente del río arrastraba.

Se treparon amontonados en los dos troncos que quedaban a ambos lados del boquete y cuando los hombres pasaban por allí, se burlaban tapándose la boca con las patas.

No quisieron comer a ningún hombre, aunque bien lo merecían. Solo cuando pasó uno que tenía galones<sup>12</sup> de oro en el traje y que estaba vivo, el viejo yacaré se lanzó de un salto al agua y ¡tac!, en dos golpes de boca se lo comió.

—¿Quién es ese? —preguntó un yacarecito ignorante.

---

12 **Galón:** distintivo que llevan en la manga los integrantes de una fuerza militar y que sirve para diferenciar los rangos o las jerarquías.

predicac  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

—Es el oficial —le respondió el Surubí—. Mi viejo amigo le había prometido que lo iba a comer, y se lo ha comido.

Los yacarés sacaron el resto del dique, que para nada servía ya, puesto que ningún buque volvería a pasar por allí. El Surubí, que se había enamorado del cinturón y los cordones del oficial, pidió que se los regalaran, y tuvo que sacárselos de entre los dientes al viejo yacaré, pues habían quedado enredados allí. El Surubí se puso el cinturón, abrochándolo por bajo las aletas, y del extremo de sus grandes bigotes prendió los cordones de la espada. Como la piel del Surubí es muy bonita, y las manchas oscuras que tiene se parecen a las de una víbora, el Surubí nadó una hora pasando y repasando ante los yacarés, que lo admiraban con la boca abierta.

Los yacarés lo acompañaron luego hasta su gruta, y le dieron las gracias infinidad de veces. Volvieron después a su paraje. Los pescados volvieron también, los yacarés vivieron y viven todavía muy felices, porque se han acostumbrado al fin a ver pasar vapores y buques que llevan naranjas.

Pero no quieren saber nada de buques de guerra.



## LA GAMA CIEGA

**H**abía una vez un venado —una gama— que tuvo dos hijos mellizos, cosa rara entre los venados. Un gato montés se comió a uno de ellos, y quedó solo la hembra. Las otras gamas, que la querían mucho, le hacían siempre cosquillas en los costados.

Su madre le hacía repetir todas las mañanas, al rayar el día,<sup>1</sup> la oración de los venados. Y dice así:

I

*Hay que oler bien primero las hojas antes de comerlas, porque algunas son venenosas.*

II

*Hay que mirar bien el río y quedarse quieto antes de bajar a beber, para estar seguro de que no hay yacarés.*

III

*Cada media hora hay que levantar bien alto la cabeza y oler el viento, para sentir el olor del tigre.*

IV

*Cuando se come pasto del suelo, hay que mirar siempre antes los yuyos para ver si hay víboras.*

---

1 **Al rayar el día:** al salir el sol.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Este es el padrenuestro de los venados chicos. Cuando la gamita lo hubo aprendido bien, su madre la dejó andar sola.

Una tarde, sin embargo, mientras la gamita recorría el monte comiendo las hojitas tiernas, vio de pronto ante ella, en el hueco de un árbol que estaba podrido, muchas bolitas juntas que colgaban. Tenían un color oscuro, como el de las pizarras.

¿Qué sería? Ella tenía también un poco de miedo, pero como era muy traviesa, dio un cabezazo a aquellas cosas, y disparó.

Vio entonces que las bolitas se habían rajado, y que caían gotas. Habían salido también muchas mosquitas rubias de cintura muy fina, que caminaban apuradas por encima.

La gama se acercó, y las mosquitas no la picaron. Despacito, entonces, muy despacito, probó una gota con la punta de la lengua, y se relamió con gran placer: aquellas gotas eran miel, y miel riquísima, porque las bolas de color pizarra eran una colmena de abejitas que no picaban porque no tenían aguijón. Hay abejas así.

En dos minutos la gamita se tomó toda la miel, y loca de contenta fue a contarle a su mamá. Pero la mamá la reprendió seriamente.

—Ten mucho cuidado, mi hija —le dijo—, con los nidos de abejas. La miel es una cosa muy rica, pero es muy peligroso ir a sacarla. Nunca te metas con los nidos que veas.

La gamita gritó contenta:

—¡Pero no pican, mamá! Los tábanos y las uras<sup>2</sup> sí pican; las abejas no.

---

2 **Ura:** larva de un insecto que se mete bajo la piel y produce grandes molestias.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando

—Estás equivocada, mi hija —continuó la madre—. Hoy has tenido suerte, nada más. Hay abejas y avispas muy malas. Cuidado, mi hija; porque me vas a dar un gran disgusto.

—¡Sí, mamá! ¡Sí, mamá! —respondió la gamita. Pero lo primero que hizo a la mañana siguiente fue seguir los senderos que habían abierto los hombres en el monte, para ver con más facilidad los nidos de abejas.

Hasta que al fin halló uno. Esta vez el nido tenía abejas oscuras, con una fajita amarilla en la cintura, que caminaban por encima del nido. El nido también era distinto; pero la gamita pensó que, puesto que estas abejas eran más grandes, la miel debía ser más rica.

Se acordó asimismo de la recomendación de su mamá; mas creyó que su mamá exageraba, como exageran siempre las madres de las gamitas. Entonces le dio un gran cabezazo al nido.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Salieron enseguida cientos de avispas, miles de avispas que la picaron en todo el cuerpo, le llenaron todo el cuerpo de picaduras, en la cabeza, en la barriga, en la cola; y lo que es mucho peor, en los mismos ojos. La picaron más de diez en los ojos.

La gamita, loca de dolor, corrió y corrió gritando, hasta que de repente tuvo que pararse porque no veía más: estaba ciega, ciega del todo.

Los ojos se le habían hinchado enormemente, y no veía nada. Se quedó quieta entonces, temblando de dolor y de miedo, y solo podía llorar desesperadamente.

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Su madre, que había salido a buscarla porque tardaba mucho, la halló al fin y se desesperó también con su gamita que estaba

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

ciega. La llevó paso a paso hasta su cubil,<sup>3</sup> con la cabeza de su hija recostada en su pescuezo, y los bichos del monte que encontraban en el camino se acercaban todos a mirar los ojos de la infeliz gamita.

La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle? Sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados, pero era un hombre bueno.

La madre tenía miedo, sin embargo, de llevar a su hija a un hombre que cazaba gamas. Como estaba desesperada se decidió a hacerlo. Pero antes quiso ir a pedir una carta de recomendación al Oso Hormiguero, que era gran amigo del hombre.

Salió, pues, luego de dejar a la gamita bien oculta, y atravesó corriendo el monte, donde el tigre casi la alcanza. Cuando llegó a la guarida<sup>4</sup> de su amigo, no podía dar un paso más de cansancio.

Este amigo era, como se ha dicho, un oso hormiguero; pero era de una especie pequeña, cuyos individuos tienen un color amarillo, y por encima del color amarillo exhiben como una camiseta negra sujeta por dos cintas que pasan por encima de los hombros. Tienen también la cola prensil,<sup>5</sup> porque viven siempre en los árboles, y se cuelgan de la cola.

¿De dónde provenía la amistad estrecha entre el Oso Hormiguero y el cazador? Nadie lo sabía en el monte; pero alguna vez ha de llegar el motivo a nuestros oídos.

---

3 **Cubil:** madriguera, lugar donde duermen los animales salvajes.

4 **Guarida:** refugio.

5 **Prensil:** que sirve para prenderse o colgarse.

Car re-  
nos, los  
a ame  
Tanta bá-  
de Coa  
Toda lá  
mpañando

La pobre madre, pues, llegó hasta el cubil del Oso Hormiguero.

—¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! —llamó jadeante.

—¿Quién es? —respondió el Oso Hormiguero.

—¡Soy yo, la gama!

—¡Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

—Vengo a pedirle una tarjeta de recomendación para el cazador. La gamita, mi hija, está ciega.

—¿Ah, la gamita? —le respondió el Oso Hormiguero—. Es una buena persona. Si es por ella, sí le doy lo que quiere. Pero no necesita nada escrito... Muéstrole esto, y la atenderá.

Y con el extremo de la cola, el Oso Hormiguero le extendió a la gama una cabeza seca de víbora, completamente seca, que tenía aún los colmillos venenosos.

—Muéstrole esto —insistió el comedor de hormigas—. No se precisa más.

—¡Gracias, Oso Hormiguero! —respondió contenta la gama—. Usted también es una buena persona.

Y salió corriendo, porque era muy tarde y pronto iba a amanecer.

Al pasar por su cubil recogió a su hija, que se quejaba siempre, y juntas llegaron por fin al pueblo, donde tuvieron que caminar muy despacito y arrimarse a las paredes, para que los perros no las sintieran. Ya estaban ante la puerta del cazador.

—¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! —golpearon.

—¿Qué hay? —respondió una voz de hombre, desde adentro.

—¡Somos las gamas!... ¡Tenemos la cabeza de víbora!

La madre se apuró a decir esto, para que el hombre supiera bien que ellas eran amigas del Oso Hormiguero.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

—¡Ah, ah! —dijo el hombre, abriendo la puerta—. ¿Qué pasa?

—Venimos para que cure a mi hija, la gamita, que está ciega. Y contó al cazador toda la historia de las abejas.

—¡Hum!... Vamos a ver qué tiene esta señorita —dijo el cazador. Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una sillita alta, e hizo sentar en ella a la gamita para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos, bien de cerca con un vidrio redondo muy grande, mientras la mamá alumbraba con el farol de viento colgado de su cuello.

—Esto no es gran cosa —dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita—. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches, y téngala veinte días en la oscuridad. Después póngale estos lentes amarillos, y se curará.

—¡Muchas gracias, cazador! —respondió la madre, muy contenta y agradecida—. ¿Cuánto le debo?

—No es nada —respondió sonriendo el cazador—. Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros para seguir el rastro de los venados.

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban, y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las olfatearon y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada<sup>6</sup> muy ancha, y delante la gamita iba balando.

---

6 **Picada:** camino o sendero abierto por el hombre a través de la espesura del monte.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda lá  
mpañando



Tal como lo dijo el cazador, se efectuó la curación. Pero solo la gama supo cuánto le costó tener encerrada a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días interminables. Adentro no se veía nada. Por fin, una mañana la madre apartó con la cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al hueco del árbol para que no entrara luz, y la gamita con sus lentes amarillos salió corriendo y gritando:

—¡Veo, mamá! ¡Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría, al ver curada a su gamita.

Y se curó del todo. Pero aunque curada, y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la entristecía. Y el secreto era este: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella, y no sabía cómo.

Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se puso a recorrer la orilla de las lagunas y bañados,<sup>7</sup> buscando plumas de garza para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado.

Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto, muy contento porque acababan de componer el techo de paja, que ahora no se llovía más; estaba leyendo cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta y vio a la gamita que le traía un atadito, un plumerito todo mojado de plumas de garza.

El cazador se puso a reír, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fue muy triste.

---

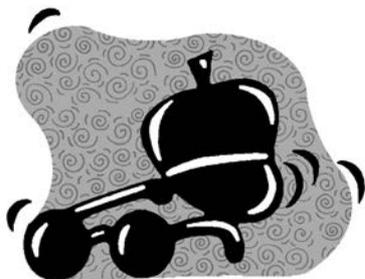
7 **Bañado:** terreno húmedo y a veces inundado por la lluvia o por las aguas de un río o una laguna.

Car reg-  
nos, los  
a ame  
Tanta bá-  
de Coda  
Toda lá  
mpañando

Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rio esta vez porque la gamita no comprendía la risa. Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara<sup>8</sup> lleno de miel, que la gamita tomó loca de contenta.

Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza que valen mucho dinero, y se quedaba horas charlando con el hombre. Él ponía siempre en la mesa un jarro enlozado lleno de miel, y arrimaba la sillita alta para su amiga. A veces le daba también cigarros que las gamas comen con gran gusto, y no les hacen mal. Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa de leña mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el alero de paja del rancho.

Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta. Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el jarrito con miel y la servilleta, mientras él tomaba café y leía, esperando en la puerta el ¡tan-tan! bien conocido.



---

8 **Tacuara:** caña hueca y resistente.

pridica  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d



## HISTORIA DE DOS CACHORROS DE COATÍ Y DE DOS CACHORROS DE HOMBRE

**H**abía una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

—Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatís. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos,<sup>1</sup> puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

”Coaticitos: hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto

---

1 **Cascarudo:** escarabajo.

prodic  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

que sea el árbol. Si no lo hacen así, los matarán con seguridad de un tiro.”

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatís.

El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los paños podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaros, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos: uno de tucán que tenía tres huevos, y uno de tórtola, que tenía solo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre.

—¿Por qué no querrá mamá —se dijo— que vaya a buscar nidos en el campo?

Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro.

—¡Qué canto tan fuerte! —dijo admirado—. ¡Qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!

El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando



Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un caballo de la soga. Vio también un pájaro muy grande que cantaba, y entonces el coaticito se golpeó la frente y dijo:

—¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es ese. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.

La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande; pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo.

Apenas lo mordió, ¡TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

—¡Mamá, mamá! —gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrido de un perro.

Mientras el coati esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y

Car...  
nos, los  
a me  
Tanta bá  
de Coa  
Toda lá  
mpañando

seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

—Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.

Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

—¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa! ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!

El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente,<sup>2</sup> como un grillo.

—¡Papá, no lo mates! —dijeron las criaturas—. ¡Es muy chiquito! ¡Dánoslo para nosotros!

—Bueno, se lo voy a dar —respondió el padre—. Pero cuidenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatís toman agua como ustedes.

---

2 **Estridente:** agudo y chirriante.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiambarrera;<sup>3</sup> pero nunca le dieron agua, y se murió.

En consecuencia, pusieron al coatí en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era más de medianoche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo.<sup>4</sup> El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y a sus dos hermanos que lo estaban buscando.

—¡Mamá, mamá! —murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido—. ¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, ma... má! —y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias en el hocico.

Se trató enseguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces, a la madre se le ocurrió de repente una idea, y dijo:

—¡Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las víboras de cascabel. Se empuja y se retira. ¡Vamos a buscarla!

---

3 **Fiambarrera:** armazón con forma de jaula para que los alimentos queden protegidos de los insectos.

4 **Sigilo:** silencio, precaución.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coda  
Toda lá  
mpañando

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatís no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó la nena a su hermano.

—¡Ya sé! —respondió el varoncito—. ¡Le pondremos *Diecisiete*!

¿Por qué *Diecisiete*? Nunca hubo bicho del monte con nombre más raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había llamado la atención aquel número.

El caso es que se llamó *Diecisiete*. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina. Lograron que en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que al llegar la noche el coatí estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.

Durante dos noches seguidas, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con

pridica  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

gran sentimiento.<sup>5</sup> Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, este les dijo:

—Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros. Son cachorritos también, y jugamos juntos.

Los coatís salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo.

Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatís salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del gallinero, todo marchaba bien. Él y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatís salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas.

Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coatís salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme víbora que estaba enroscada a la entrada de la jaula. Los coatís comprendieron enseguida que el coaticito había sido mordido al entrar, y no había respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los

---

5 **Sentimiento:** aflicción.

Car reg-  
nos, los  
a amé  
Tanta bá-  
de Coaá  
Toda lá  
mpañando

tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo cayeron sobre ella, deshaciéndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde<sup>6</sup> los coatís salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto.

Los coatís son casi refractarios,<sup>7</sup> como se dice, al veneno de las víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta, que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito había sido mordido en una arteria o una vena, porque entonces la sangre se envenena enseguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito.

Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte.

Pero los tres coatís, sin embargo, iban muy preocupados, y su preocupación era esta: ¿qué iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos lo querían muchísimo y ellos, los coatís, querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

---

6 **En balde:** inútilmente.

7 **Refractario:** inmune.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula, en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no conocerían nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más.

Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujeto a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como este era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatís salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.



Car re-  
nos, los  
a ame  
Tanta bá-  
de Coda  
Toda la  
mpañando

## EL PASO DEL YABEBIRÍ

**E**n el río Yabebirí, que está en Misiones, hay muchas rayas, porque “Yabebirí” quiere decir precisamente “Río-de-las-rayas”. Hay tantas, que a veces es peligroso meter un solo pie en el agua. Yo conocí un hombre a quien lo picó una raya en el talón y que tuvo que caminar renqueando<sup>1</sup> media legua para llegar a su casa: el hombre iba llorando y cayéndose de dolor. Es uno de los dolores más fuertes que se puede sentir.

Como en el Yabebirí hay también muchos otros pescados, algunos hombres van a cazarlos con bombas de dinamita. Tiran una bomba al río, matando millones de pescados. Todos los pescados que están cerca mueren, aunque sean grandes como una casa. Y mueren también todos los chiquitos, que no sirven para nada.

Ahora bien; una vez un hombre fue a vivir allá, y no quiso que tiraran bombas de dinamita, porque tenía lástima de los pescaditos. Él no se oponía a que pescaran en el río para comer; pero no quería que mataran inútilmente a millones de pescaditos. Los hombres que tiraban bombas se enojaron al principio, pero como el hombre tenía un carácter serio, aunque era muy bueno, los otros se fueron a cazar a otra parte, y todos los pescados quedaron muy contentos. Tan contentos y agradecidos estaban a su amigo que había salvado a los pescaditos, que lo conocían apenas se acercaba a la orilla. Y cuando él andaba por la

---

1 **Renquear:** andar como rengu.

predicac  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

costa fumando, las rayas lo seguían arrastrándose por el barro, muy contentas de acompañar a su amigo. Él no sabía nada, y vivía feliz en aquel lugar.

Y sucedió que una vez, una tarde, un zorro llegó corriendo hasta el Yabebirí y metió las patas en el agua, gritando:

—¡Eh, rayas! ¡Ligero! Ahí viene el amigo de ustedes, herido.

Las rayas, que lo oyeron, corrieron ansiosas a la orilla. Y le preguntaron al zorro:

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el hombre?

—¡Ahí viene! —gritó el zorro de nuevo—. ¡Ha peleado con un tigre! ¡El tigre viene corriendo! ¡Seguramente va a cruzar a la isla! ¡Denle paso, porque es un hombre bueno!

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo que le vamos a dar paso! —contestaron las rayas—. ¡Pero lo que es el tigre, ese no va a pasar!

—¡Cuidado con él! —gritó aún el zorro—. ¡No se olviden de que es el tigre!

Y pegando un brinco, el zorro entró de nuevo en el monte.

Apenas acababa de hacer esto, cuando el hombre apartó las ramas y apareció todo ensangrentado y con la camisa rota. La sangre le caía por la cara y el pecho hasta el pantalón, y desde las arrugas del pantalón, la sangre caía a la arena. Avanzó tambaleando hacia la orilla, porque estaba muy herido, y entró en el río. Pero apenas puso un pie en el agua, las rayas que estaban amontonadas se apartaron de su paso, y el hombre llegó con el agua al pecho hasta la isla, sin que una raya lo picara. Y conforme llegó, cayó desmayado en la misma arena, por la gran cantidad de sangre que había perdido.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando

Las rayas no habían aún tenido tiempo de compadecer del todo a su amigo moribundo, cuando un terrible rugido les hizo dar un brinco en el agua.

—¡El tigre! ¡El tigre! —gritaron todas, lanzándose como una flecha a la orilla.

En efecto, el tigre que había peleado con el hombre y que lo venía persiguiendo había llegado a la costa del Yabebirí. El animal estaba también muy herido, y la sangre le corría por todo el cuerpo. Vio al hombre caído como muerto en la isla, y lanzando un rugido de rabia se echó al agua, para acabar de matarlo.

Pero apenas hubo metido una pata en el agua, sintió como si le hubieran clavado ocho o diez terribles clavos en ella, y dio un salto atrás: eran las rayas, que defendían el paso del río y le habían clavado con toda su fuerza el agujón de la cola.

El tigre quedó roncando de dolor, con la pata en el aire; y al ver toda el agua de la orilla turbia como si removieran el barro del fondo, comprendió que eran las rayas que no lo querían dejar pasar. Y entonces gritó enfurecido:

—¡Ah, ya sé lo que es! ¡Son ustedes, malditas rayas! ¡Salgan del camino!

—¡No salimos! —respondieron las rayas.

—¡Salgan!

—¡No salimos! ¡Él es un hombre bueno! ¡No hay derecho para matarlo!

—¡Él me ha herido a mí!

—¡Los dos se han herido! ¡Esos son asuntos de ustedes en el monte! ¡Aquí está bajo nuestra protección!... ¡No se pasa!

—¡Paso! —rugió por última vez el tigre.

predicac  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

—¡NI NUNCA! —respondieron las rayas.

(Ellas dijeron “ni nunca” porque así dicen los que hablan guaraní,<sup>2</sup> como en Misiones).

—¡Vamos a ver! —bramó aún el tigre. Y retrocedió para tomar impulso y dar un enorme salto.

El tigre sabía que las rayas están casi siempre en la orilla; y pensaba que si lograba dar un salto muy grande acaso no hallara más rayas en el medio del río, y podría así comer al hombre moribundo.

Pero las rayas lo habían adivinado y corrieron todas al medio del río, pasándose la voz:

—¡Fuera de la orilla! —gritaban bajo el agua—. ¡Adentro! ¡A la canal! ¡A la canal!

Y en un segundo el ejército de rayas se precipitó río adentro, a defender el paso, al tiempo que el tigre daba su enorme salto y caía en medio del agua. Cayó loco de alegría, porque en el primer momento no sintió ninguna picadura, y creyó que las rayas habían quedado todas en la orilla, engañadas...

Pero apenas dio un paso, una verdadera lluvia de aguijonazos, como puñaladas de dolor, lo detuvieron en seco: eran otra vez las rayas, que le acribillaban las patas a picaduras.

El tigre quiso continuar, sin embargo; pero el dolor eran tan atroz, que lanzó un alarido y retrocedió corriendo como loco a la orilla. Y se echó en la arena de costado, porque no podía más de sufrimiento; y la barriga subía y bajaba como si estuviera cansadísimo.

---

2 **Guaraní:** pueblo originario americano cuya lengua se habla actualmente en Paraguay y en algunos lugares del noreste de la Argentina.

Car...  
nos, los  
a me  
Tanta bá  
de Coda  
Toda lá  
mpañando



Lo que pasaba es que el tigre estaba envenenado con el veneno de las rayas.

Pero aunque habían vencido al tigre, las rayas no estaban tranquilas porque tenían miedo de que viniera la tigre y otros tigres, y otros muchos más... Y ellas solas no podrían defender más el paso.

En efecto, el monte bramó de nuevo, y apareció la tigre, que se puso loca de furor al ver al tigre tirado de costado en la arena. Ella vio también el agua turbia por el movimiento de las rayas, y se acercó al río. Y tocando casi el agua con la boca, gritó:

—¡Rayas! ¡Quiero paso!

—¡No hay paso! —respondieron las rayas.

—¡No va a quedar una sola raya con cola, si no dan paso!  
—rugió la tigre.

—¡Aunque quedemos sin cola, no se pasa! —respondieron ellas.

—¡Por última vez, paso!

—¡NI NUNCA! —gritaron las rayas.

La tigre, enfurecida, había metido sin querer una pata en el agua, y una raya, acercándose despacio, acababa de clavarle todo el agujijón entre los dedos. Al bramido de dolor del animal, las rayas respondieron, sonriéndose:

—¡Parece que todavía tenemos cola!

Pero la tigre había tenido una idea, y con esa idea entre las cejas se alejaba de allí, costeano el río aguas arriba, y sin decir una palabra.

Mas las rayas comprendieron también esta vez cuál era el plan de su enemigo. El plan de su enemigo era este: pasar el río

Car...  
nos, los  
a me  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando

por otra parte, donde las rayas no sabían que había que defender el paso. Y una inmensa ansiedad se apoderó entonces de las rayas.

—¡Va a pasar el río aguas más arriba! —gritaron—. ¡No queremos que mate al hombre! ¡Tenemos que defender a nuestro amigo!

Y se revolvían desesperadas entre el barro, hasta enturbiar el río.

—¡Pero qué hacemos! —decían—. Nosotras no sabemos nadar ligero... ¡La tigre va a pasar antes de que las rayas de allá sepan que hay que defender el paso a toda costa!

Y no sabían qué hacer. Hasta que una rayita muy inteligente dijo de pronto:

—¡Ya está! ¡Que vayan los dorados! ¡Los dorados son amigos nuestros! ¡Ellos nadan más ligero que nadie!

—¡Eso es! —gritaron todas—. ¡Que vayan los dorados!

Y en un instante la voz pasó y en otro instante se vieron ocho o diez filas de dorados, un verdadero ejército de dorados que nadaban a toda velocidad aguas arriba, y que iban dejando surcos en el agua, como los torpedos.

A pesar de todo, apenas tuvieron tiempo de dar la orden de cerrar el paso a los tigres; la tigre ya había nadado, y estaba por llegar a la isla.

Pero las rayas habían corrido ya a la otra orilla, y en cuanto la tigre hizo pie, las rayas se abalanzaron contra sus patas, deshaciéndolas a agujijonazos. El animal, enfurecido y loco de dolor, bramaba, saltaba en el agua, hacía volar nubes de agua a manotones. Pero las rayas continuaban precipitándose contra sus patas,

prodic  
atras p  
parece  
incrédu  
drenta  
tahola d

cerrándole el paso de tal modo que la tigre dio vuelta, nadó de nuevo y fue a echarse a su vez a la orilla, con las cuatro patas monstruosamente hinchadas; por allí tampoco se podía ir a comer al hombre.

Mas las rayas estaban también muy cansadas. Y lo que es peor, el tigre y la tigre habían acabado por levantarse y entraban en el monte.

¿Qué iban a hacer? Esto tenía muy inquietas a las rayas, y tuvieron una larga conferencia. Al fin dijeron:

—¡Ya sabemos lo que es! Van a ir a buscar a los otros tigres y van a venir todos. ¡Van a venir todos los tigres y van a pasar!

—¡NI NUNCA! —gritaron las rayas más jóvenes y que no tenían tanta experiencia.

—¡Sí, pasarán, compañeritas! —respondieron tristemente las más viejas—. Si son muchos acabarán por pasar... Vamos a consultar a nuestro amigo.

Y fueron todas a ver al hombre, pues no habían tenido tiempo aún de hacerlo, por defender el paso del río.

El hombre continuaba tendido, porque había perdido mucha sangre, pero podía hablar y moverse un poquito. En un instante las rayas le contaron lo que había pasado, y cómo habían defendido el paso ante los tigres que lo querían comer. El hombre herido se enterneció mucho con la amistad de las rayas que le habían salvado la vida, y dio la mano con verdadero cariño a las rayas que estaban más cerca de él. Y dijo entonces:

—¡No hay remedio! Si los tigres son muchos, y quieren pasar, pasarán...

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Coda  
Toda lá  
mpañando

—¡No pasarán! —dijeron las rayas chicas—. ¡Usted es nuestro amigo y no van a pasar!

—¡Sí, pasarán, compañeritas! —dijo el hombre. Y añadió hablando en voz baja—: El único modo sería mandar a alguien a casa a buscar el winchester<sup>3</sup> con muchas balas... pero yo no tengo ningún amigo en el río, fuera de los pescados... Y ninguno de ustedes sabe andar por la tierra.

—¿Qué hacemos entonces? —dijeron las rayas, ansiosas.

—A ver, a ver... —dijo entonces el hombre, pasándose la mano por la frente, como si recordara algo—. Yo tuve un amigo... un carpinchito que se crió en casa y que jugaba con mis hijos... Un día volvió otra vez al monte y creo que vivía aquí, en el Yabebirí... pero no sé dónde estará...

Las rayas dieron entonces un grito de alegría:

—¡Ya sabemos! ¡Nosotros lo conocemos! ¡Tiene su guarida en la punta de la isla! ¡Él nos habló una vez de usted! ¡Lo vamos a mandar a buscar enseguida!

Y dicho y hecho: un dorado muy grande voló río abajo a buscar al carpinchito, mientras el hombre disolvía una gota de sangre seca en la palma de la mano, para hacer tinta, y con una espina de pescado, que era la pluma, escribió en una hoja seca, que era el papel. Y escribió esta carta: *Mándenme con el carpinchito el winchester y una caja entera de veinticinco balas.*

Apenas acabó el hombre de escribir, el monte entero tembló con un sordo rugido: eran todos los tigres, que se acercaban

---

3 **Winchester:** uno de los primeros rifles de repetición (es decir, que permite disparar varias veces sin necesidad de efectuar una recarga).

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
tahola d

a entablar la lucha. Las rayas llevaron la carta con la cabeza afuera del agua para que no se mojara, y se la dieron al carpinchito, el cual salió corriendo por entre el pajonal a llevarla a la casa del hombre.

Y ya era tiempo, porque los rugidos, aunque lejanos aún, se acercaban velozmente. Las rayas reunieron entonces a los dorados que estaban esperando órdenes, y les gritaron:

—¡Ligero, compañeros! ¡Recorran todo el río y den la voz de alarma! ¡Que todas las rayas estén prontas en todo el río! ¡Que se concentren todas alrededor de la isla! ¡Veremos si van a pasar!

Y el ejército de dorados voló enseguida, río arriba y río abajo, haciendo rayas en el agua con la velocidad que llevaban.

No quedó raya en todo el Yabebirí que no recibiera orden de concentrarse en las orillas del río, alrededor de la isla. De todas partes, de entre las piedras, de entre el barro, de la boca de los arroyitos, de todo el Yabebirí entero, las rayas acudían a defender el paso contra los tigres. Y por delante de la isla, los dorados cruzaban y recruzaban a toda velocidad.

Ya era tiempo, otra vez; un inmenso rugido hizo temblar el agua misma de la orilla, y los tigres desembocaron en la costa.

Eran muchos; parecía que todos los tigres de Misiones estuvieran allí. Pero el Yabebirí entero hervía también de rayas, que se lanzaron a la orilla, dispuestas a defender a todo trance el paso.

—¡Paso a los tigres!

—¡No hay paso! —respondieron las rayas.

—¡Paso, de nuevo!

—¡No se pasa!

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de Cuba  
Toda la  
mpañando

—¡No va a quedar raya, ni hijo de raya, ni nieto de raya, si no dan paso!

—¡Es posible! —respondieron las rayas—. ¡Pero ni los tigres, ni los hijos de tigres, ni los nietos de tigres, ni todos los tigres del mundo van a pasar por aquí!

Así respondieron las rayas. Entonces los tigres rugieron por última vez:

—¡Paso pedimos!

—¡NI NUNCA!

Y la batalla comenzó entonces. Con un enorme salto los tigres se lanzaron al agua. Y cayeron todos sobre un verdadero piso de rayas. Las rayas les acribillaron las patas a agujonazos, y a cada herida los tigres lanzaban un rugido de dolor. Pero ellos se defendían a zarpazos, manoteando como locos en el agua. Y las rayas volaban por el aire con el vientre abierto por las uñas de los tigres.

El Yabebirí parecía un río de sangre. Las rayas morían a centenares... pero los tigres recibían también terribles heridas, y se retiraban a tenderse y bramar en la playa, horriblemente hinchados. Las rayas, pisoteadas, deshechas por las patas de los tigres, no desistían;<sup>4</sup> acudían sin cesar a defender el paso. Algunas volaban por el aire, volvían a caer al río y se precipitaban de nuevo contra los tigres.

Media hora duró esta lucha terrible. Al cabo de esa media hora, todos los tigres estaban otra vez en la playa, sentados de fatiga y rugiendo de dolor; ni uno solo había pasado.

---

4 **Desistir:** abandonar una acción que se está realizando.

primicia  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Fahola d

Pero las rayas estaban también deshechas de cansancio. Muchas, muchísimas habían muerto. Y las que quedaban vivas dijeron:

—No podremos resistir dos ataques como este. ¡Que los dorados vayan a buscar refuerzos! ¡Que vengan enseguida todas las rayas que haya en el Yabebirí!

Y los dorados volaron otra vez río arriba y río abajo, e iban tan ligero que dejaban surcos en el agua, como los torpedos.

Las rayas fueron entonces a ver al hombre.

—¡No podremos resistir más! —le dijeron tristemente. Y aun algunas lloraban, porque veían que no podrían salvar a su amigo.

—¡Váyanse, rayas! —respondió el hombre herido—. ¡Déjenme solo! ¡Ustedes han hecho ya demasiado por mí! ¡Dejen que los tigres pasen!

—¡NI NUNCA! —gritaron las rayas en un solo clamor<sup>5</sup>—. ¡Mientras haya una sola raya viva en el Yabebirí, que es nuestro río, defenderemos al hombre bueno que nos defendió antes a nosotras!

El hombre herido exclamó entonces, contento:

—¡Rayas! ¡Yo estoy casi por morir, y apenas puedo hablar; pero les aseguro que en cuanto llegue el winchester, vamos a tener farra<sup>6</sup> para largo rato; esto yo se lo aseguro a ustedes!

—¡Sí, ya lo sabemos! —contestaron las rayas, entusiasmadas.

Pero no pudieron concluir de hablar, porque la batalla recomenzaba. En efecto: los tigres, que ya habían descansado, se pusieron bruscamente en pie, y agachándose como quien va a saltar, rugieron:

---

5 **Clamor:** grito de una multitud.

6 **Farra:** fiesta, diversión.

Car reg-  
nos, los  
a ame  
Tanta bá-  
de Coda  
Toda lá  
mpañando

—¡Por última vez, y de una vez por todas: paso!

—¡NI NUNCA! —respondieron las rayas lanzándose a la orilla. Pero los tigres habían saltado a su vez al agua y recommenzó la terrible lucha. Todo el Yabebirí, ahora de orilla a orilla, estaba rojo de sangre, y la sangre hacía espuma en la arena de la playa. Las rayas volaban deshechas por el aire y los tigres bramaban de dolor; pero nadie retrocedía un paso.

Y los tigres no solo no retrocedían, sino que avanzaban. En balde el ejército de dorados pasaba a toda velocidad río arriba y río abajo, llamando a las rayas: las rayas se habían concluido; todas estaban luchando frente a la isla y la mitad había muerto ya. Y las que quedaban estaban todas heridas y sin fuerzas.

Comprendieron entonces que no podrían sostenerse un minuto más, y que los tigres pasarían; y las pobres rayas, que preferían morir antes que entregar a su amigo, se lanzaron por última vez contra los tigres. Pero ya todo era inútil. Cinco tigres nadaban ahora hacia la costa de la isla. Las rayas, desesperadas, gritaron:

—¡A la isla! ¡Vamos todas a la otra orilla!

Pero también para esto era tarde: dos tigres más se habían echado a nado, y en un instante todos los tigres estuvieron en medio del río, y no se veía más que sus cabezas.

Pero también en ese momento un animalito, un pobre animalito colorado y peludo cruzaba nadando a toda fuerza el Yabebirí: era el carpinchito, que llegaba a la isla llevando el Winchester y las balas en la cabeza para que no se mojaran.

El hombre dio un gran grito de alegría, porque le quedaba tiempo para entrar en defensa de las rayas. Le pidió al

primicia  
atras p  
parece  
incrédu  
drenta  
Tahola d

carpinchito que lo empujara con la cabeza para colocarse de costado, porque él solo no podía; y ya en esta posición cargó el winchester con la rapidez de un rayo.

Y en el preciso momento en que las rayas, desgarradas, aplastadas, ensangrentadas, veían con desesperación que habían perdido la batalla y que los tigres iban a devorar a su pobre amigo herido, en ese momento oyeron un estampido, y vieron que el tigre que iba delante y pisaba ya la arena daba un gran salto y caía muerto, con la frente agujereada de un tiro.

—¡Bravo, bravo! —clamaron las rayas, locas de contentas—. ¡El hombre tiene el winchester! ¡Ya estamos salvadas!

Y enturbiaban toda el agua, verdaderamente locas de alegría. Mientras tanto, el hombre proseguía tranquilo tirando, y cada tiro era un nuevo tigre muerto. Y a cada tigre que caía muerto lanzando un rugido, las rayas respondían con grandes sacudidas de la cola.

Uno tras otro, como si el rayo cayera entre sus cabezas, los tigres fueron muriendo a tiros. Aquello duró solamente dos minutos. Uno tras otro se fueron al fondo del río, y allí las palometas los comieron. Algunos boyaron<sup>7</sup> después, y entonces los dorados los acompañaron hasta el Paraná, comiéndolos, y haciendo saltar el agua de contentos.

En poco tiempo las rayas, que tienen muchos hijos, volvieron a ser tan numerosas como antes. El hombre se curó, y quedó tan agradecido a las rayas que le habían salvado la vida, que se

---

7 **Boyar:** salir a flote.

Car...  
nos, los  
a a me  
Tanta bá-  
de Cuba  
Toda la  
mpañando

fue a vivir a la isla. Y allí, en las noches de verano le gustaba tenderse en la playa y fumar a la luz de la luna, mientras las rayas, hablando despacito, se lo mostraban a los pescados que no lo conocían, contándoles la gran batalla que, aliadas a ese hombre, habían tenido una vez contra los tigres.





## LA ABEJA HARAGANA

**H**abía una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder<sup>1</sup> de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

---

1 **Proceder:** conducta.

proceder  
atrás p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió enseguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron—, sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano<sup>2</sup> como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

---

2 **En vano:** inútilmente.

Car...  
nos, los  
a ame  
Tanta bá  
de cada  
Toda la  
mpañando

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso agarrarse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido<sup>3</sup> por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, al mismo tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

E intentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

---

3 **Entumecido:** entorpecido, acalambado.

pridica  
atras p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color amarillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abejita—. No trabajo, y yo tengo la culpa.

Car...  
nos, los  
a am...  
Tanta bá...  
de Co...  
Toda la  
mpañando

—Siendo así —agregó la culebra, burlona—, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.<sup>4</sup>

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero esta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rio la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

---

4 **Aprontarse:** prepararse prontamente para algo.

próximo  
atrás p  
parece  
incredu  
drenta  
Tahola d

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y las llaman “trompitos de eucalipto”.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Y cuando este trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—.

¡Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

Car...  
nos, los  
a amé  
Tanta bá-  
de Co...  
Toda lá  
mpañando



—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búscueme por todas partes; ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: “uno..., dos..., tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin la culebra—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abeja, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraron, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arriadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río.

Además hacía mucho frío, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y esta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante

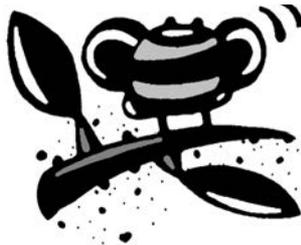
predicac  
atras p  
parece  
incrédu  
drenta  
Tahola d

la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en apenas una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

”Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.”



# ( Sobre terreno conocido )

## Comprobación de lectura

### *La tortuga gigante*

**En la carpeta, completen la secuencia de acciones agregando la información que falta en cada caso.**

- El hombre vivía en...
- Un día, el hombre se enfermó y los médicos le dijeron que solamente podría curarse si...
- El hombre no quería irse porque...
- Su amigo, el director del Zoológico, le propuso que...
- Entonces, el hombre se fue a vivir a...
- Con el cambio de clima, la salud del hombre...
- Un día que estaba con mucha hambre, el hombre vio un tigre que...
- El tigre quiso atacar al hombre, pero este...
- En vez de comerse a la tortuga, el hombre...
- Cuando la tortuga finalmente sanó, el hombre...
- Todos los días la tortuga cuidaba al hombre dándole agua y...
- Como la salud del hombre empeoraba, la tortuga decidió llevarlo a...
- Para transportarlo, lo ató sobre su lomo con...
- La tortuga anduvo trescientas leguas y, al fin, se sentía tan agotada que...
- Entonces apareció un ratón y le informó que...
- A la madrugada siguiente, la tortuga llegó a...
- Cuando el hombre se enteró de que la tortuga lo había salvado,...
- Como la casa del hombre era demasiado chica, la tortuga se quedó a vivir en...

## Las medias de los flamencos

En la carpeta, responden a las siguientes preguntas.

- 1 ¿Quiénes decidieron organizar el baile?
- 2 ¿A quiénes invitaron?
- 3 ¿Cómo se vistieron las víboras?
- 4 ¿Cómo eran los flamencos en ese entonces?
- 5 ¿Por qué estaban tristes los flamencos?
- 6 ¿Qué quieren conseguir los flamencos para adornarse?
- 7 ¿Qué les dicen en los almacenes?
- 8 ¿Cómo obtienen los flamencos lo que buscan?
- 9 ¿Qué recomendación les da la lechuza a los flamencos?
- 10 ¿Qué hacen las víboras de coral cuando descubren lo que tienen los flamencos en las patas?

## El loro pelado

Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 13 según el orden que tienen en el cuento.

- El patrón puso la piel del tigre delante de la estufa.
- Cuando el loro reapareció, todos se alegraron.
- El loro se puso contento porque se había vengado del tigre.
- Los hijos del patrón lograron que el loro se curara y lo amansaron.
- De un zarpazo, el tigre le arrancó al loro las plumas del lomo y la cola.
- Un peón hirió a un loro en el ala.
- El loro aprendió a hablar.
- Al día siguiente, el loro le contó al patrón lo que había pasado con el tigre.
- El peón llevó el loro a la casa del patrón.
- El loro se acercaba a la piel del tigre y lo invitaba a tomar el té con leche.

- El patrón mató al tigre.
- El loro se escondió hasta que volvieron a crecerle las plumas.
- El loro y el patrón salieron a cazar al tigre.

### *La guerra de los yacarés*

**Coloquen la V de verdadero o la F de falso al lado de las siguientes afirmaciones.**

- a) La historia empieza en un río muy transitado por las embarcaciones.
- b) El ruido que despertó a los yacarés era producido por un buque de vapor.
- c) Después de que pasó el vapor, los yacarés no encontraron peces para comer.
- d) Los yacarés deciden hacer un dique con troncos para que no pasen los barcos.
- e) Los hombres del acorazado vuelan el dique a cañonazos.
- f) Los yacarés hacen un segundo dique, esta vez con piedras.
- g) Los hombres no pueden destruir el segundo dique que hicieron los yacarés.
- h) Los yacarés le van a pedir un torpedo al Surubí.
- i) El Surubí quería mucho a los yacarés porque ellos habían salvado a su sobrinito.
- j) El Surubí pone en marcha el mecanismo del torpedo.
- k) Cuando choca con el acorazado, el torpedo no estalla.
- l) Los yacarés comen a todos los hombres que iban en el acorazado.
- ll) El Surubí se quedó con el cinturón y los cordones del oficial.
- m) Por ese río no volvió a pasar ningún buque.

## La gama ciega

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 La gama mamá tuvo...
- a) dos hembras.
  - b) una hembra y un macho.
  - c) dos machos.
- 2 La oración de los venados sirve para...
- a) pedir protección.
  - b) aprender a hablar.
  - c) reconocer los peligros.
- 3 Las abejas del primer panal que roba la gamita...
- a) la dejan ciega.
  - b) no la atacan.
  - c) la pican solamente en la cola.
- 4 El hombre era amigo de...
- a) un oso hormiguero.
  - b) un tigre.
  - c) una víbora.
- 5 La contraseña que le muestra la mamá gama al hombre es...
- a) una cabeza de víbora.
  - b) un colmillo.
  - c) una cola de víbora.
- 6 El cazador le manda a la gamita que esté en la oscuridad por...
- a) casi una semana.
  - b) casi tres semanas.
  - c) casi tres meses.
- 7 Por el favor, el hombre les dice a las gamas...
- a) que le lleven plumas de garza.
  - b) que le regalen un panal con miel.
  - c) que no le deben nada.
- 8 La gamita cree que el hombre se ríe porque...
- a) se alegra de su recuperación.
  - b) su regalo le parece insignificante.
  - c) su regalo le gusta mucho.

## Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre

En la carpeta, respondan a las siguientes preguntas.

- 1 ¿Cuál es la comida preferida del mayor de los coatícos? ¿Y la del medio? ¿Y la del menor?
- 2 ¿Qué le recomienda la mamá al coatí más pequeño?
- 3 ¿Qué le sucede al coatí más pequeño cuando quiere agarrar el huevo de gallina que hay en el suelo de la casa?
- 4 ¿Qué piensan los chicos cuando escuchan los ladridos del perro?
- 5 ¿Por qué el papá les aclara a los chicos que los coatís toman agua igual que las personas?
- 6 ¿Qué sucede la primera noche que el coatí pasa en la jaula?
- 7 ¿Qué nombre le ponen los chicos al coatí?
- 8 ¿Qué les dice el coatí a su mamá y a sus hermanos la segunda noche que van a verlo a la jaula?
- 9 ¿Por qué muere el coatí pequeño?
- 10 ¿Qué deciden hacer los coatís cuando encuentran a su hermano muerto?

## El paso del Yabebirí

Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 14 según el orden que tienen en el cuento.

- Llega el carpincho trayendo el winchester y las balas.
- El tigre y la tigre se internan en el monte en busca de ayuda.
- Las rayas dejan que el hombre herido pase por el río y llegue a la isla.
- Las rayas son derrotadas y los tigres avanzan hacia la isla.
- Un grupo de muchos tigres llega a orillas del Yabebirí.
- La tigre llega y las rayas le impiden el paso.
- El hombre les dice a las rayas que es amigo del carpincho.
- El hombre impide que se tiren bombas en el río y se gana el cariño de las rayas.
- El zorro les avisa a las rayas que el hombre está llegando herido luego de una lucha con el tigre.
- El hombre mata a los tigres disparándoles con el rifle.

- Las rayas pican al tigre e impiden que pase el río.
- El hombre escribe la carta y se la entrega al carpincho.
- Un dorado va a buscar al carpincho.
- Se entabla una dura lucha entre las rayas y el grupo de tigres.

### La abeja haragana

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 La protagonista del cuento...
  - a) saca el jugo de las flores y lo convierte en miel.
  - b) saca el jugo de las flores y se lo toma todo.
  - c) no saca el jugo de las flores.
- 2 Las abejas guardianas le impiden la entrada en la colmena...
  - a) sin darle ninguna advertencia.
  - b) luego de hacerle una advertencia.
  - c) luego de hacerle tres advertencias.
- 3 La noche de ese 20 de abril el tiempo se puso...
  - a) lluvioso y frío.
  - b) húmedo y caluroso.
  - c) seco y frío.
- 4 La abeja cayó rodando...
  - a) al río.
  - b) a un hormiguero.
  - c) a una caverna.
- 5 La culebra desafía a la abeja a ver cuál de las dos...
  - a) hace la prueba más rara.
  - b) tiene más fuerza.
  - c) se vuelve invisible.
- 6 La abeja desaparece escondiéndose en...
  - a) una grieta.
  - b) una hoja.
  - c) una flor.
- 7 Después de esa noche, la abeja...
  - a) fue la más trabajadora.
  - b) no regresó a la colmena.
  - c) se hizo amiga de la culebra.

## Actividades de comprensión y análisis

### *La tortuga gigante*

- 1 Presten atención a los **espacios** en los que transcurren las acciones de este cuento: Buenos Aires y Misiones. Respondan:
  - a) ¿En qué se diferencian?
  - b) ¿Qué acciones suceden en cada uno de ellos?
- 2 Conversen con un compañero acerca de las **enseñanzas** que se pueden extraer de este cuento. Luego, elijan una de las siguientes posibilidades y justifiquen la elección.
  - Las acciones buenas siempre tienen su recompensa.
  - Hay que ser agradecidos con quienes nos ayudan.
  - El que persevera logra lo que se propone.
  - Cuando todo parece perdido, suele aparecer una luz de esperanza.

### *Las medias de los flamencos*

- 1 Indiquen cuáles de las siguientes **actitudes** muestran los flamencos a lo largo del relato. Luego, justifiquen la elección con citas del cuento.

*elegancia – astucia – envidia – generosidad – necedad – insistencia – vanidad – ingenuidad – egoísmo*

- 2 Las **leyendas** son narraciones que explican, en forma imaginaria, el origen o la aparición de algunos hechos y seres que existen en la realidad. Por ejemplo, por qué los conejos tienen las orejas largas, o por qué en un lugar hay una isla.
  - a) Lean la siguiente leyenda de origen guaraní y compárenla con la historia de las medias de los flamencos.

## De cómo aparecieron las luciérnagas

*Cuando Tupá creó a los hombres, quiso que tuvieran todo lo necesario para sobrevivir. Entonces les dio la primera fogata.*

*Un día Añá, el malo, bajó a la tierra y se llevó un gran disgusto. Ya era casi de noche y esperaba encontrar a los hombres temblando de frío. Sin embargo, sucedía todo lo contrario. Por todas partes había fogones. Y alrededor de los fogones, las personas se juntaban para darse calor y compañía. Entonces Añá se enojó muchísimo. Infló sus pulmones de aire y salió volando sobre los campos, mientras soplabo como loco para apagar cada uno de los fuegos que hubiera en la tierra. Miles de chispas se desparramaron por todas partes y Añá iba enfurecido de acá para allá, tratando de apagarlas totalmente.*

*Cuando Tupá se enteró de lo que estaba sucediendo, decidió transformar las chispas en luciérnagas, unos pequeños insectos que encienden y apagan sus lucecitas mientras vuelan. Añá no se dio cuenta de esa transformación y siguió persiguiéndolos. Así se fue alejando de los fogones, donde todavía quedaban brasas encendidas.*

*Los hombres se pusieron tristes creyendo que sus fogatas se habían apagado. Tupá, al verlos tan preocupados, bajó nuevamente a la tierra para enseñarles cómo mantener vivas las brasas.*

*Mientras tanto, Añá seguía corriendo tras las luciérnagas, dispuesto a apagar todo el fuego del mundo. Un día, cansado de soplar y soplar, vio a los hombres nuevamente sentados alrededor de sus fogones, charlando y compartiendo la comida. Entonces se retiró a una cueva bien oscura para descansar de todo ese trabajo que se había tomado en vano.*

*Desde entonces, las luciérnagas siguen iluminando los campos durante la noche.*

- b) Las leyendas son relatos que se transmiten de generación en generación, al comienzo oralmente y luego en forma escrita. En este cuento, Quiroga tomó el modelo de las leyendas para explicar un hecho de manera imaginaria. ¿De qué hecho se trata?

## El loro pelado

- 1 Entre los **personajes** del cuento se destacan los dos animales. El loro es el **protagonista** y el tigre es su **oponente**. Copien en la carpeta una tabla como la que sigue y complétenla con los datos que consideren relevantes.

Personaje	Características principales	Fragmento del cuento para justificar
<i>Loro</i>		
<i>Tigre</i>		

- 2 Revisen los **diálogos** de este cuento y observen los cambios en la tipografía con la que están escritos. Intenten especificar en qué casos se emplean las *itálicas* y en qué casos aparecen las MAYÚSCULAS.

## La guerra de los yacarés

- 1 Las **acciones de una narración** se estructuran en tres momentos principales: la **situación inicial**, una situación de equilibrio en la que se presenta a los personajes, el lugar y el momento en que sucede la historia; el **conflicto o nudo**, momento en el cual se plantea y se desarrolla un problema; y el **desenlace**, que es la parte del relato en la que se resuelve el conflicto.
  - a) Marquen en el cuento las tres partes que conforman su estructura.
  - b) Propongan un criterio para subdividir el conflicto o nudo en distintos momentos.
- 2 Muchas veces, las acciones de las personas sobre los espacios naturales tienen consecuencias imprevistas. El narrador, al tomar la **perspectiva** de los yacarés, nos ayuda a comprender de qué modo se ve afectada la vida de estos animales por el paso de los buques.
  - a) Conversen con sus compañeros y traten de llegar a una conclusión: ¿cómo habría sido el relato si se lo hubiese narrado desde la perspectiva de los seres humanos?

b) Organizados en equipos, y con la guía de los docentes de Ciencias Naturales, averigüen cuáles son las consecuencias de las siguientes acciones de las personas sobre los espacios naturales.

- Tala indiscriminada de bosques.
- Construcción de represas.
- Introducción de especies exóticas.
- Uso de combustibles fósiles.
- Vertido de desechos industriales en los ríos.
- Derrames de petróleo en el mar.
- Caza no controlada.
- Tráfico de fauna.

### La gama ciega

1 Los cuentos son narraciones que pueden incluir otros tipos de textos, como descripciones, instrucciones o diálogos. Unan cada ejemplo, extraído de “La gama ciega”, con el tipo de texto que le corresponde.

*Cuando se come pasto del suelo,  
hay que mirar siempre los yuyos  
para ver si hay víboras.*

narración

*En dos minutos la gamita se tomó toda la miel,  
y loca de contenta fue a contarle a su mamá.  
Pero la mamá la reprendió seriamente.*

descripción

—¿Quién es?  
—¡Soy yo, la gama!  
—¡Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

diálogo

*Este amigo era un oso hormiguero; pero de  
una especie pequeña, cuyos individuos tienen  
un color amarillo, y por encima del color amarillo  
exhiben como una camiseta negra sujeta por dos  
cintas que pasan por encima de los hombros.*

instrucción

- 2 El **narrador** aparece en un relato como la voz que transmite los hechos. Según la persona gramatical y el conocimiento de los hechos que manifieste, pueden distinguirse estos tipos básicos de narrador:

Narrador	Persona gramatical	Características
Protagonista	Primera	Participa como personaje central en los hechos que narra.
Testigo	Primera	Participa en los hechos que narra, pero no como protagonista. Narra lo que sabe, porque lo vio o lo escuchó.
	Tercera	No participa en la acción, sino que cuenta lo que otros vieron u oyeron.
Omnisciente	Tercera	Narra los hechos sin participar en ellos, pero demuestra que sabe más que los personajes, ya que conoce sus pensamientos, sus sentimientos, su pasado y su futuro.

- Lean los siguientes fragmentos de “La gama ciega” e identifiquen el tipo de narrador que aparece en este cuento.

*La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle? Sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados, pero era un hombre bueno.*

*El cazador se puso a reír, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fue muy triste.*

### Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre

- 1 En los cuentos, al igual que en otros tipos de narraciones, se relatan las **acciones** realizadas por unos **personajes**; esas acciones se ubican en un **lugar** y en un **tiempo** determinados.

- a) ¿Cuáles son los personajes de este cuento?
- b) ¿En qué lugares transcurren las acciones?
- c) ¿Cuánto tiempo abarcan, aproximadamente, los hechos que se narran?

2 Generalmente, las acciones se presentan en el **orden temporal** en el que fueron sucediendo. Sin embargo, a veces, se utilizan **conectores temporales** para indicar que se va a relatar un hecho que ocurrió antes o un hecho que ocurrió simultáneamente a otro que ya se ha contado.

- a) Localicen en el cuento la parte que comienza “Mientras el coatí esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus dos hijos...”
- b) Expliquen qué relación presentan esas acciones con respecto a las que se contaron en los párrafos anteriores.
- c) Señalen en qué momento del texto las dos historias vuelven a conectarse.

### *El paso del Yabebirí*

1 En este cuento se hace referencia al **guaraní**, la lengua de un pueblo originario de la región de la selva misionera.

- a) Relean el cuento y expliquen qué significa “Yabebirí” en la lengua de los guaraníes.
- b) ¿Qué expresión característica de esa lengua usan las rayas a lo largo del cuento?
- c) Estas son algunas palabras del español que tienen origen guaraní. En la carpeta, anoten los significados correspondientes y dibujen lo que designan.

*aguaribay – ananá – carpincho – chajá – chipá – guri – murucuyá – yaguareté – tacuara – yarará*

- ② A lo largo del relato, las rayas se proponen cumplir un **objetivo** a toda costa. Para ello, deben enfrentar a unos **oponentes** y reciben la ayuda de unos **aliados**.
- a) ¿Cuál es el objetivo de las rayas?
  - b) ¿Qué personajes son sus oponentes?
  - c) ¿Qué personajes son sus aliados?

### *La abeja haragana*

- ① La **fábula** es una narración cuyos personajes suelen ser animales que actúan como seres humanos: hablan, piensan y sienten como si fueran personas. Las fábulas tienen una intención didáctica, es decir, procuran transmitir una enseñanza a quien las lee. Esta enseñanza se llama **moraleja** y generalmente aparece al final de la historia.
- a) Busquen en sus casas, en la biblioteca o en internet algunas fábulas famosas y léanlas entre todos. Aquí tienen un ejemplo:

#### **El Zorro y el Cuervo**

*En la rama de un árbol,  
bien ufano y contento,  
con un queso en el pico,  
estaba el señor Cuervo.  
Del olor atraído,  
un Zorro muy maestro  
le dijo estas palabras  
un poco más o menos:  
“¡Tenga usted buenos días,  
señor Cuervo, mi dueño!  
¡Vaya que estáis donoso,  
mono, lindo en extremo!  
Yo no gasto lisonjas,  
y digo lo que siento;  
que si a tu bella traza  
corresponde el gorjeo,*

*juro a la diosa Ceres,  
siendo testigo el cielo,  
que tú serás el Fénix  
de sus vastos imperios.”*  
*Al oír un discurso  
tan dulce y halagüeño,  
de vanidad llevado,  
quiso cantar el Cuervo.  
Abrió su negro pico,  
dejó caer el queso.  
El muy astuto Zorro,  
después de haberle preso,  
le dijo: “Señor bobo,  
pues sin otro alimento,  
quedáis con alabanzas  
tan hinchado y repleto,  
digerid las lisonjas  
mientras yo digiero el queso.”*  
*Quien oye aduladores,  
nunca espere otro premio.*

Félix María de Samaniego



*Representación de la fábula del Zorro y el Cuervo en un capitel de la iglesia de San Martín de Frómista, en Palencia, España.*

- b) Expliquen por qué este cuento de Quiroga se asemeja a una fábula.
  - c) Señalen la parte del cuento donde, según ustedes, aparece expresada la moraleja.
- 2 Las abejas son insectos muy organizados.
- Con la ayuda del docente de Ciencias Naturales, busquen información acerca de las características de cada tipo de abeja (reina, obrera, zángano) y sobre la distribución de las tareas en el panal.
  - La protagonista del cuento ¿será reina, obrera o zángano? Justifiquen la respuesta usando la información que encontraron.

## Actividades de producción

- 1 **Crónica periodística.** Imaginen que entrevistan al hombre de “La tortuga gigante” cuando ha regresado a Buenos Aires y escriban la noticia para un diario. No se olviden de colocar el título y un breve copete en el que se le proporcione al lector los aspectos fundamentales de la información. Acompañen la noticia con un mapa para mostrar el recorrido que realizó la tortuga.
- 2 **Teatro de títeres.** Escriban la historia de “El loro pelado” en forma de obra teatral. Con la ayuda de los docentes de Educación Plástica, averigüen distintas técnicas para fabricar títeres, elijan la que les parezca más adecuada y construyan los títeres para los personajes de la obra que escribieron. Dibujen y pinten el decorado de fondo. Por último, representen la obra, prestando atención a los distintos tonos de las voces de los personajes.
- 3 **Punto de vista.** El narrador puede posicionarse en diferentes lugares para contar su historia: por ejemplo, puede seguir la mirada de distintos personajes para referir los hechos, es decir, puede adoptar diferentes puntos de vista. Elijan una de las siguientes opciones:
  - a) Escriban la historia de “Las medias de los flamencos” desde el punto de vista de las víboras de coral.
  - b) Escriban la “Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre” desde el punto de vista de los chicos que viven en la casa.
- 4 **Pequeña enciclopedia de animales.** En pequeños grupos, armen una enciclopedia con datos acerca de los animales de los *Cuentos de la selva*. Dedicuen cada hoja a un animal diferente y consignen los siguientes datos:
  - ¿Cómo es su aspecto?
  - ¿Cuáles son sus hábitos?

¿De qué se alimenta?  
¿Qué cuidados reciben las crías?  
¿Cuáles son los riesgos que corre?  
Ilustren con fotos o dibujos.

Entre otros recursos, pueden consultar la siguiente página de internet:  
<http://www.misiones.gov.ar/ecologia/Todo/Contenido/Natural1.htm>

**6 Cuento.** Observen las siguientes reproducciones de dos cuadros del artista francés Henri Rousseau (1844-1910) y elijan la que más les guste.



El caballo y el jaguar (1910, óleo sobre lienzo, 116 x 162 cm, Museo Pushkin, Moscú).



Tigre sorprendido por la tormenta tropical (1891, óleo sobre lienzo, 130 x 162 cm, National Gallery, Londres).

Imaginen ahora una historia que pueda ser ilustrada con la imagen. Una vez que hayan pensado la historia, escríbanla en forma de cuento...

Para escribir el cuento, tengan presentes los siguientes aspectos:

- ¿Quién será el protagonista y cuáles serán los demás personajes?
- ¿Quién será el narrador?
- ¿Estará narrado en primera o en tercera persona?
- Si va a estar narrado en primera persona, ¿el narrador será protagonista o simplemente testigo?
- ¿Cuáles serán las acciones principales?
- ¿Cuál será la situación al comienzo? ¿Cómo se complicará? ¿Cómo se resolverá la complicación al final?
- ¿Qué título le pondrán?



## Recomendaciones para leer y para ver

### **Si les gustan las historias protagonizadas por animales, pueden leer:**

- Cardoso, Heber (versión). *Fábulas de Esopo*. Buenos Aires, Gramón/Colihue, 2001.
- Clemente, Horacio. *Andanzas de Juan el Zorro*. Buenos Aires, Gramón/Colihue, 1999.
- Hoffman, Mary. *Un tirón de la cola. Cuentos de animales de todo el mundo*. Barcelona, Vincens Vives, 2000.
- Kipling, Rudyard. *Los cuentos de así fue*. Barcelona, Akal, 2008.
- Villafañe, Javier. *Historia de pájaros. Relatos para la escuela*. Buenos Aires, Atuel, 2007.

### **Para conocer más sobre la vida de los animales:**

- Baredes, Carla y Lotersztain, Ileana. *¿Por qué se rayó la cebra?* Buenos Aires, Iamiqué, 2003.
- Baredes, Carla y Lotersztain, Ileana. *¿Por qué está trompudo el elefante?* Buenos Aires, Iamiqué, 2003.
- Palermo, Miguel Ángel (coordinador). *Fauna argentina*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984-1986.

### **Si quieren saber más sobre el ambiente natural donde transcurren los cuentos que leyeron:**

- Chebez, Juan Carlos. *Nordeste. Guía de las Reservas Naturales de la Argentina III*. Buenos Aires, Albatros, 2005.

### **Para estar informados sobre los animales y los ambientes de la Argentina a través de internet, pueden visitar el sitio de Fundación Vida Silvestre:**

<http://www.vidasilvestre.org.ar/>

***Para hacer un recorrido virtual de la selva misionera, pueden visitar el sitio del Centro de rehabilitación, rescate y recría de fauna silvestre Güirá Oga:***

<http://guiraoga.fundacionazara.org/>

***La clásica versión animada de los estudios Disney sobre el famoso libro de Rudyard Kipling:***

*El libro de la selva*, dirigida por Wolfgang Reitherman, 1967.

***Una película que narra la historia de un cachorro de guepardo:***

*Duma*, dirigida por Carroll Ballard, 2005.

***Un filme sobre dos tigres huérfanos:***

*Dos hermanos*, dirigida por Jean-Jacques Annaud, 2004.

***La amistad de un pequeño lobo y un oso:***

*El oso*, dirigida por Jean-Jacques Annaud, 1988.

***Un increíble documental sobre el pingüino emperador:***

*La marcha de los pingüinos*, dirigida por Luc Jacquet, 2005.

***Otro documental, en el que la cámara acompaña a diversas especies de aves en sus largas migraciones:***

*Tocando el cielo*, dirigida por Jacques Perrin, 2002.

***El científico David Attenborough ha realizado una gran cantidad de documentales sobre animales en sus ambientes silvestres. Algunas de las series dirigidas por este prestigioso naturalista son:***

*La vida de las aves*, 1998.

*La vida de los mamíferos*, 2002.

*Planeta Tierra*, 2006.

*La vida con sangre fría*, 2008.

## Bibliografía

### *Sobre la vida y la obra de Horacio Quiroga*

- Bratosevich, Nicolás. *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*. Madrid, Gredos, 1975.
- Orgambide, Pedro. *Horacio Quiroga: una historia de vida*. Buenos Aires, Planeta, 1994.
- Rodríguez Monegal, Emir. *Genio y figura de Horacio Quiroga*. Buenos Aires, EUDEBA, 1967.
- Romano, Eduardo. “Horacio Quiroga”. En: *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, fascículo 48. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

### *Sobre la literatura para chicos*

- Colasanti, Marina. *Fragatas para tierras lejanas*. Conferencias sobre literatura. Bogotá, Norma, 2004.
- Colomer, Teresa. *Andar entre libros. La lectura literaria en la escuela*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Machado, Ana María. *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá, Norma, 2004.
- Soriano, Marc. *La literatura para niños y para jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires, Colihue, 1995.





Los *Cuentos de la selva* de Horacio Quiroga constituyen uno de los libros más entrañables de nuestra literatura. Por sus páginas desfilan la historia llena de abnegación de la tortuga gigante; la leyenda que explica el curioso color de las patas de los flamencos; las peripecias del loro que pierde las plumas por bromear con el temible yaguareté; la batalla que deben dar los yacarés cuando los hombres intentan quebrantar la paz del lugar donde viven; el susto y la conmovedora recuperación de la gamita ciega; el relato de la domesticación del cachorro de coatí; la heroica lucha de las rayas del río Yabebirí, dispuestas a defender hasta las últimas consecuencias al hombre que alguna vez las cuidó; y la aleccionadora aventura de la abejita que se negaba a trabajar.

Con sencillez, humor y ternura, estos relatos saben transmitir ese conocimiento profundo de la vida salvaje que solamente logran quienes han vivido en el corazón de la selva. Y, por otra parte, son capaces de dejarnos esas enseñanzas que resultan más duraderas, aquellas que se aprenden con el corazón.

Nuestra edición presenta una serie de propuestas de trabajo que permiten adentrarse en el mundo único recreado por Quiroga, proponiendo claves de lectura y sugiriendo actividades de creación que prolongan la alegría del encuentro con estos cuentos, al mismo tiempo que procuran alentar la reflexión sobre el respeto a los seres vivos y el cuidado de los ambientes naturales.

**Norma**

[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

CC 29002288  
ISBN 978-950-13-2333-7



9 789501 323337